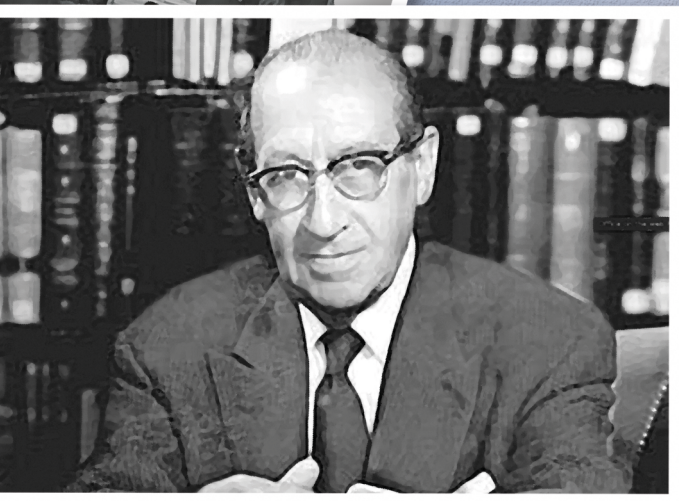


HUELLA EN EL HORIZONTE

Breve antología

Clemente Díaz de la Vega



Universidad Autónoma
del Estado de México



HUELLA EN EL HORIZONTE

Breve antología

DIRECCIÓN DE PUBLICACIONES UNIVERSITARIAS
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Rectora

Doctora en Estudios Latinoamericanos
Cynthia Ortega Salgado
Secretaria de Identidad y Cultura

Licenciada en Diseño Gráfico
Adriana Juárez Manríquez
Directora de Publicaciones Universitarias

HUELLA EN EL HORIZONTE

Breve antología

CLEMENTE DÍAZ DE LA VEGA



Universidad Autónoma del Estado de México

*“2026, Conmemoración del ingreso de la científica y académica
Elena Cárdenas Guerrero al Instituto Científico y Literario”*

Primera edición, junio 2026

HUELLA EN EL HORIZONTE

Breve antología

Clemente Díaz de la Vega

Universidad Autónoma del Estado de México
Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro
Toluca, Estado de México
C. P. 50000
Tel: 722 481 1800
<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-968-9718-74-1

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Directora del equipo editorial: Adriana Juárez Manríquez
Coordinación de diseño: Luis Alberto Maldonado Barraza
Corrección de estilo: Edith Muciño Martínez
Diseño y Formación: Mayra Flores Mercado
Diseño de portada: Martha Eugenia Díaz Cuenca



Contenido

PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	13

APRECIACIONES SOCIOPOLÍTICAS Y ENSAYOS BIOGRÁFICOS

BANQUEROS Y CAMPESINOS	33
AÑO NUEVO CAMPESINO	37
GUSTAVO AGUIRRE BENAVIDES: EL VERDADERO DESCUBRIDOR DEL BARBASCO	39
EL ESTADO DE MÉXICO EN LA HISTORIA Y LA LEYENDA	43
ISIDRO FABELA, EL GOBERNADOR HUMANISTA	49
TOLUCA, LA CIUDAD SEDUCTORA	59
DE HIDALGO A CARRANZA, LA LUCHA POR LA TIERRA	65
ÁNGEL MARÍA GARIBAY, UN DOCTO POLÍGRAFO	81
MORELOS, GENIO DE LA INDEPENDENCIA	87

FELIPE VILLANUEVA. UN GENIO INCOMPRENDIDO	93
TCHAIKOVSKY, UN GENIO TRISTE	95

CUENTOS Y NARRACIONES

I. LAS AGUAS TURBIAS	101
II. ESCLAVO DE SUS SUEÑOS	105
III. TODO UN HOMBRE	113
IV. DOMINGO DE RAMOS	121
V. MATINÉE SINFÓNICA DE UN PROFANO	125

POST SCRIPTUM

I. CARTA A MI HIJO	133
--------------------	-----

*Esta obra está dedicada a
mi esposa, Martha Eugenia Almazán de Díaz, y
al Lic. Martín Maytorena A.,
por sus valiosos comentarios en la estructuración de esta obra.*

CDV

Clemente Díaz de la Vega, escritor, periodista e historiador, nacido en Zacualpan Real de Minas un 22 de junio de 1920, en el aurífero sur del territorio mexiquense; falleció el 25 de mayo de 2002 en Metepec, Estado de México. Fue autor de una obra prolífica de gran maestría literaria. Fue el biógrafo, por excelencia, del Estado de México. Entre sus libros podemos mencionar: *López Mateos y su Gobierno* (1964), *Perfiles de mexicanos* (1967), *El Savonarola Laico* (1971), *Biografía novelada del Poeta Horacio Zúñiga*, *Un gobierno a la altura de la época. Exégesis del Gobierno de Carlos Hank González* (1980), *Próceres del Instituto* (2019), *Horacio Zúñiga, el maestro* (2005), *Adolfo López Mateos Vida y obra* (1985) con prólogo del Lic. Alfredo del Mazo González, obra editorial que se enriquece con la presente, *Huella en el horizonte. Antología Literaria*.

Una de las grandes preocupaciones de Clemente Díaz de la Vega fue el campo y los campesinos de México, por ello ejerció, en su devenir existencial, un periodismo de compromiso social. Hoy, al igual que hace cinco décadas, los campesinos no han accedido a los mínimos de bienestar a que tienen derecho. En el Sur

de México, los campesinos perviven aún rodeados de carencias, es por ello que esas preocupaciones siguen vigentes, así como en lo que se refiere a brindar a los grupos étnicos originarios, la posibilidad de preservar su cultura, pero dándoles acceso a los beneficios de la modernidad y la civilización, por ello el Padre Ángel María Garibay discurre en las páginas de este libro. Así como Morelos y Felipe Villanueva, orgullo de nuestra estirpe, la narrativa de Clemente Díaz de la Vega nos traslada a escenas plenas de realismo mágico, páginas bucólicas y periodos de romanticismo; también la ironía y el humor están presentes; su narrativa es magistral y su estilo ecléctico.

Clemente Díaz de la Vega fue mi guía y maestro, hombre abierto al diálogo y a las más altas manifestaciones de la cultura y el pensamiento, intelectual, comprometido con las mejores causas. Este libro, *Huella en el horizonte*, es un mensaje para las nuevas generaciones, de humanismo, congruencia y confianza, en el destino de México. Clemente Díaz de la Vega nos sigue hablando desde esta breve antología, con esa su palabra, enhiesta, directa y sin ambages, instándonos a indignarnos ante la injusticia social y luchar siempre por un mundo mejor.

CLEMENTE DÍAZ DE LA VEGA ALMAZÁN

Diciembre de 2020

Los seres herederos del barro, del maíz, con color de bronce y sangre de batallas, son seres que trascienden su tiempo y espacio para convertirse en imágenes de luz que dejan huella y nos incitan con su espíritu a cabalgar hasta el horizonte de las ideas; de esos seres seguimos aprendiendo a amar el suelo que pisamos y les reconocemos el don flamígero de la trascendencia, ya que con sus hazañas fueron construyendo una bóveda celestial llena de esperanza para las nuevas generaciones, que reconocemos que su labor más que un ideal, es una responsabilidad.

Por eso, en el pórtico de las torres cargadas de anécdotas e historias, nos es grato recordar a quienes con su existencia nos inculcaron la lucha por la defensa de los más grandes valores: la lealtad, la libertad y la corresponsabilidad; mujeres y hombres que han desperdigado la semilla de la verdad para hacerla palpable, demostrando que la voz que lleva la crin de la acción, se convierte en un ánfora de venturas, espíritus que sin tener necesariamente un renombre supieron hacer con la hoz, los surcos de la inmortalidad y que orgullosos de los racimos que cosechan en el infinito, se han prendado de la luz de los astros para fulgurar,

para enorgullecer a su raza, la raza del maíz, que labra, trabaja y vive de la tierra.

14 | Hoy las nuevas generaciones con nostalgia y con orgullo recordamos el paso de nuestros próceres por este suelo; porque reconocemos que hemos avanzado, disfrutando así del inalienable derecho a defender nuestra identidad, nuestra propia libertad y nuestra gallardía al amparo de las glorias preclaras cimentadas bajo la cultura del esfuerzo de nuestros personajes ilustres; la historia se convierte en una clara muestra de la lucha y pertenencia que cincelan los espíritus nobles y que se extiende en la posteridad como un proyecto en común: nuestra evolución.

Con ventura, afirmamos que pertenecemos a un hilván en espiral de generaciones que se fortifica desde la ilusión para arraigarse en la acción, pues si en el principio fue el verbo; toda esta apoteosis de fulgores con la que se expande la palabra no tendría fuerza ni sentido, si no se construyera con los actos cotidianos de valor y de gallardía para enfrentar la dificultad; de osadía para transformar la realidad y de benevolencia para ayudar a la humanidad, esa es nuestra misión: edificar nuestro presente y abonar el campo fértil de las ideas, para fortificar el espíritu y hacer de nuestra esencia una imagen de luz.

Por tanto, la enseñanza -en cuanto a la crónica-, de esta obra: *Huella en el horizonte*; es una enseñanza de valor, de ejemplo de civilidad y patriotismo de seres que retaron a su destino para acrecentarlo, para edificar su tiempo y sembrar la semilla de la esperanza, demostrándonos que de los actos que hoy hagamos, mañana seremos testigos; debemos propiciar con nuestros actos, un ejemplo de inspiración, que motive a nuestra generación y a las generaciones subsecuentes a transitar por el sendero de la esperan-

za, cosechando las semillas que nuestros próceres han depositado, para edificar con nuestro esfuerzo un mejor destino.

Gracias a don Clemente Díaz de la Vega Ruíz; conocemos una parte importante de ese remanso de paz que fue, es y será nuestro Estado de México, pues a través de la fotografía literaria de los personajes por él recreados, conocemos a quienes dieron su vida por el bien de la humanidad, incitándonos a creer, entender y crecer la identidad nacional; su fecunda obra debería ser conocida por el lector asiduo a recrearse con el conocimiento de los momentos y las épocas que han sido marcadas con el dintel de inolvidables.

Don Clemente Díaz de la Vega es un referente de las letras mexiquenses, es su biógrafo por excelencia, quien desperdigó del tiempo las grandes páginas del recuerdo para dejarlas inmortalizadas en su obra, es necesario reconocerle no solamente su sobrado estilo biográfico tan necesario en nuestros días; sino también su buen gusto por la poesía, la recreación de cuentos que dejan entre sus letras el tinte novelista y por supuesto, por su apasionado gusto por la música a través de la composición de diversas canciones en las que dejase plasmado el sentimiento emotivo con el que dirigía su peregrinar por la vida.

Herederero del conocimiento universal, liberal con crin de virtud, concibió en las letras el cauce venturoso por el que transitaría el devenir de la historia, el anhelo del porvenir y el engrandecimiento de una raza guerrera como lo es la mexicana; porque los personajes presentados en esta obra a través de su labor política, intelectual o científica han dejado la huella inefable de su pensamiento; pero ante todo demuestran que las virtudes humanas arraigadas a los trabajos cotidianos exaltan el valor de la humanidad y lo hacen uno con su entorno, acrisolando su valor

y permanencia en el tiempo; es por tanto el humanismo el eje central de la obra presentada por don Clemente Díaz de la Vega.

16 | Es entendible que el autor de la obra que se comenta, fuera enriqueciendo su alma con los bellos paisajes del sur del Estado de México, en el municipio de Zacualpan, Real de Minas; los paisajes de epopeya fueron tramontando los ideales del horizonte, iluminando consciencias, construyendo realidades de orgullo y patriotismo; porque edificar el testimonio de progreso es construir Patria, es dejar una huella en la inmortalidad.

Estudiante del Instituto Científico y Literario Autónomo de Toluca (hoy Universidad Autónoma del Estado de México); vive en primera persona el deleite de pertenecer a la prestigiada Institución Humanista que extendió sus brazos para recibir apaciblemente a los grandes hombres de su época, ahí en el templo del saber mexiquense abreva de sus maestros el gusto por lo descriptivo, el ánimo por preservar y difundir las virtudes del hombre, poniendo al servicio del pueblo la lámpara divina del verbo.

La cultura forja su destino y es desde la crónica como se convierte en un hombre de letras que persigue su destino con el talento que solo a él lo caracterizaba, fija una visión cultural humanista; por qué la cultura es el resultado de una humanidad en su plena potencia, ejerciendo el vehículo motor por el cual Dios se comunicó con sus hijos, hace uso del verbo y ocupa del bello arte de la oratoria, para comunicar a través de las ondas sonoras de la radio y para poder entender a los hombres que dilectamente biografíó: Horacio Zúñiga, Adolfo López Mateos, José Luis Álamo, Josué Mirlo, y muchos más, quienes fueron auspiciando las ideas embriagadas de inspiración de don Clemente; para que una vez pasado el tiempo, se disertara en pro de la Patria, para escribir con amor y gallardía la verdad sobre los mexicanos y su gente,

para cincelar con la tinta negra y roja esa historia que previamente nuestros antepasados habían enarbolado.

Hombres de la estatura moral e intelectual de don Clemente hacen falta en nuestros días, dispuestos a trabajar por la cultura de su Estado; dispuestos a engrandecer la historia de su país a través de sus propios actos y la exaltación del valor humano; preocupados por el hilo conductor de la espiral, en el que hombres y mujeres, generación tras generación, abreen de las letras de identidad nacional; generando luchadores incasables que defiendan nuestra historia, cultura y pertenencia.

| 17

A don Clemente se le pueden elogiar muchas virtudes, pues hizo de la palabra un eslabón que selló el destino de diversas generaciones; quienes asiduos a la lectura, conocemos nuestros orígenes, analizamos las ideas de nuestros próceres y les damos un sentido de permanencia en nuestro presente; ante todo a don Clemente le reconocemos la finura de su pluma, la claridad de su escritura, pues en cada artículo periodístico deja nota de su anchura de miras y de su exaltación patriótica; baste leer sus emotivas notas que a manera de cuento y narración nos incitan a pensar en otros mundos, a recrear el alma con joyeles del recuerdo.

Qué sensato resulta reconocer en don Clemente a un hombre de maíz, cuya espiga es fuerte y vigorosa, es edificante ver la influencia que tiene el campo mexicano en su escritura, pues pocas veces nos detenemos a pensar qué pasará más allá de nuestra vista; pensar en los desvalidos o en los vulnerables como pomposamente ahora se les denomina, implica pensar también en ese campo mexicano que ha sido motivo de estudio social, jurídico y antropológico; esta visión cultural, histórica y humanista que nos plasma don Clemente en *Huella en el horizonte* nos demuestra su amor profesado al campo, máxime si damos un sitial de

luces a su famosa revista *Agro*, en donde, a la sazón de compartir artículos sobre la realidad del campo (estigma social de nuestro México), abreva de la cultura para iluminar espíritus e incendiar conciencias, dejándonos en sus páginas bellas notas de esplendor sobre personajes cuyo nombre está ya inscrito en el pináculo de la inmortalidad; recordemos que las almas buenas nunca mueren, porque los que sirvieron a su país desde su propia trinchera, tiñen de luz su epitafio.

Por ello, *Huella en el horizonte* representa la apoteosis de un hombre que, a fuerza del trabajo, constancia y dedicación, va construyendo su propia historia; sí, Clemente Díaz de la Vega Ruíz labró tras su paso las huellas de un pedestal que lo ubica en el sitio de los hijos predilectos de la historia mexiquense, pues a través de sus ensayos y crónicas, de su recreación vivida sobre personajes ilustres en nuestro acontecer histórico va forjando la memoria de las nuevas generaciones, quienes podrán acudir a la consulta de su vasta obra para conocer de dónde surgimos, cuál era la visión de nuestros antepasados, cómo y en qué medida hemos evolucionado, para trazar surcos de ventura sobre la tierra fértil de la esperanza. No dudamos que don Clemente “el biógrafo ensayista”, tiene ya reservado un sitio entre los personajes ilustres de nuestro Estado; confiamos en que la sonrisa de Hermes le vuelva el rostro y se le otorgue el reconocimiento que ya tiene merecido.

Impulsamos, como antaño, en su terruño amado, Zacualpan, Real de Minas; la idea de que don Clemente debe ser recordado en todas las potencias de su existencia, para que, a manera de memorial, se le conciba en dos sentidos: cronista mexiquense y personaje ilustre no solo de su solar nativo, sino del Estado de México. Sí, Clemente Díaz de la Vega Ruíz debe gozar del prestigio de ser considerado un cronista, un huehuetlatolli de los

tiempos modernos, que nos relató con creces la vida de los grandes hombres que forjaron su destino mediante la entrega generosa de su vida a favor de la sociedad, la enseñanza o la administración gubernamental, en síntesis: el apostolado del servicio.

Por eso, siguiendo el fin que nos convoca, decimos que *Huella en el horizonte* es una obra insigne que nos remonta a diversas épocas de nuestra historia con un eje rector que permea en su contenido: los destellos de luz que fueron enarbolando personajes sobresalientes de nuestro cotidiano acontecer y que han dejado una base sólida para edificar con sus acciones un Estado más fuerte, una sociedad más equilibrada, una voz que no podrá ser cegada por el paso del tiempo y que nos incitará a ser mejores ciudadanos, a ser valerosamente humanos, orgullosamente mexiquenses y patrióticamente mexicanos. Porque sin importar títulos o profesiones, una palabra nos define: humanismo, un humanismo que piensa, que como astillas de luz se encienden para iluminar en las tinieblas del pensamiento, para resurgir de las cenizas de la indiferencia y hacer ciclones de ventura con nuestros actos y construir la parte de historia de la que nos corresponde entregar cuentas.

Así, surge la reflexión para analizar los polos opuestos que se presentan bajo un mismo escenario, luces y sombras surgen al debate, banqueros y campesinos, analizados a la luz del humanismo; pues si bien, la actividad de ambos se torna esencial e importante para hacer girar la piedra que va cincelandando la actividad económica y productiva de nuestro país, ambos gremios viven situaciones distantes, en uno hay prosperidad y podríamos decir que en otro se vive la precariedad, que no es únicamente una cuestión económica, ni de clases sociales, sino de proyección, visibilización y valoración social.

Se dejan en el horizonte de las ideas, las reflexiones sobre el disímbo lo camino de la mano de producción y el capital inversor, las formas de conveniencia y convivencia expuestas nos incitan a recordar la frase inaugural de la obra que se comenta: “*México tiene una deuda pendiente con los campesinos de la Patria*”, pues, a pesar de que los banqueros dialogan sobre las necesidades del campo, este se ha quedado en el tintero de las propuestas; las palabras no han surtido el efecto de los actos y el campesino solo escucha el discurso colosal que parece reivindicarle y regresa a labrar su tierra lleno de ilusiones y esperanza que se van difuminando con los rayos del sol y que en el ocaso del día a día regresa a una realidad que lastima pero no engaña, pues el campesino y sus necesidades siguen siendo las mismas desde antes de iniciar la guerra de independencia nacional.

Al leer las páginas de esta vasta obra, el lector se preguntará (si es que no lo ha vivido de cerca) ¿cómo vivirán los campesinos su día a día?, si por años se ha hablado de las necesidades de los campesinos, de su pesado andar en una sociedad que cada día que pasa valora menos el campo, olvidando que el producto de su cosecha es el sustento de las familias mexicanas, le vemos en un camino lleno de preocupaciones porque el dinero cada día alcanza menos y es más escaso para los que con sus manos fecundan la tierra; un camino lleno de preocupación con los cambios climáticos que han sido generados por la sobreexplotación de los recursos naturales; un camino en el que el estudio y la preparación no llegan a sus mentes, pues lo que les interesa es poder solventar sus necesidades básicas de manutención y donde los servicios más básicos no llegan cerca de sus hogares, pareciera que luz, agua y educación están reservados para un sacrificio mayor.

Y de esa manera, con un sollozo literario, don Clemente nos imbuje en el quehacer cotidiano del campesino, de aquellos hombres y mujeres vestidos en manta; para hacernos partícipes del convite que tienen cerca del fin de año, mientras en la ciudad las casas se iluminan con luces multicolores que intermitentemente centellan para dar alegría a quienes les observan; en el campo, los campesinos mexicanos cargan su energía con los rayos de luna, con las centellas de melancolía que avivan las estrellas y así, en sus casas la bonanza más grande es su familia, sus costumbres y tradiciones, ahí no hay aguinaldos, no hay compras en supermercados, pero sí hay mucha ilusión, hay unidad y la más natural alegría porque se acaba otro año de lucha pero pudieron celebrarse las fiestas decembrinas.

|21

Con ese toque copioso y armonioso, don Clemente les da vida a las voces de los que necesitan la reivindicación del discurso de la acción, a los campesinos que por tanto tiempo han esperado que “les haga justicia la revolución”. Ese sector de la población que fue defendido por los hombres más insignes de la Patria, desde Miguel Hidalgo y Costilla, José María Morelos y Pavón (de quien: *Huella en el horizonte* habla como el genio de la independencia), el grupo liberal de la reforma encabezado por Benito Juárez García, Ignacio Manuel Altamirano (ambos conocieron en carne propia las necesidades y problemas del campo), Ignacio Ramírez Calzada, Melchor Ocampo, Ricardo Flores Magón y Emiliano Zapata, hasta la legal reivindicación de Venustiano Carranza.

Y es que hablar del campo mexicano, de la tierra que da sustento a nuestro ser, es necesariamente hablar de la historia mexicana, de sus etapas, sus proyectos y personajes ilustres; pues seguimos esperando las respuestas para el campo, las acciones que den luz a la oscuridad del agrarismo. Nadie puede negar que la tierra (que

se convierte en campo fértil) nos provee de los insumos necesarios para la subsistencia, y justamente por esa razón (ser proveedor de la alimentación) es un terreno que ocupa mucho del estudio de la ciencia, para mejorar, para germinar y expandir su riqueza natural; precisamente por ello, hombres como Gustavo Aguirre Benavides son necesarios para entender y aprovechar mejor las bondades de la tierra, desafortunadamente no siempre se le otorga el crédito que se le debe, hasta que se le visibiliza y se le indaga, conoce y reconoce.

Nos atrevemos a decir que la historia no siempre ha sido justa con sus hijos, hay personajes señeros que pasan al anonimato, no por falta de talento, sino porque su humildad y falta de egocentrismo, les lleva a apartarse del centro de atención, para darle vida a las ilusiones y a los sueños, pues en sus acciones existe una labor de provecho para las futuras generaciones, y así en la conciencia se puede creer que se ha entregado la vida por mejores causas y que los reflectores no siempre son sinónimo de trascendencia. Y así, narra don Clemente en esta obra que, Gustavo Aguirre Benavides recorrió los campos mexicanos con su avidez intelectual para descubrir –como los científicos– el mundo que no es visto por nuestros ojos, surcando el horizonte en sus ejercicios de botánica y biología descubre el “Barbasco” que tiene diversos usos terapéuticos, desafortunadamente no se le otorga el crédito correspondiente a tan gran descubrimiento, pero gracias a la lectura de esta obra nos deja la chispa para incendiar el bosque de la investigación y otorgarle el digno crédito que merece a nuestro ingeniero coahuilense.

El rigor de los caminos de México ha dejado tras su paso el nombre de mujeres y hombres sin el sitio que en la historia les corresponde, pues este presente y el futuro promisorio en el

que andamos es el resultado del esfuerzo y sacrificio de distintas voluntades y si bien, nuestros personajes ilustres en la historia nacional y mexiquense tienen bien ganado su lugar en la historia, hay mujeres y hombres cuyo mayor reconocimiento será el de mantener vivo su recuerdo, ofrendándoles un agradecimiento por los aportes o acciones que han hecho para que nuestra vida tenga mayor practicidad.

| 23

Por eso, los hijos mexicanos por patria y provincia, reconocemos un nuestro terruño un sitio de armonía con ciclón de engrandecimiento, en nuestro Estado reconocemos a la madre que con los brazos abiertos auspicia el empoderamiento de nuestra vida; sin temor a equivocarnos vemos en el horizonte cotidiano, las huellas de los próceres que han sembrado el camino, ahí donde la tierra y su grandeza se exalta a sí misma. Llena de historia, la tierra mexiquense nos ha regalado grandes muestras de gallardía y entusiasmo, líricas piezas de perpetuidad y valles enervados que son el elogio de los que suelen visitarnos; su gente, su tradición y costumbres hacen del Estado de México una leyenda viviente, pues se crea y recrea permanentemente a lo largo de cada pasaje de la historia nacional, siendo el epicentro de batallas por la libertad, manifestaciones y proclamas que cimbraron nuestra identidad patriótica, es también el fiel testigo del paso del tiempo, que cual garza se desprendió de su espacio para donarse en armonía con los Estados que le rodean.

Los pueblos originarios que aún habitan en nuestro Estado, dan muestra de su grandeza cultural e histórica, de la preservación de sus espacios naturales y la preservación de sus sitios arquitectónicos que nos dan muestra clara de que la vida nacional tiene su origen en el Estado de México, tierra señalada en la mitología prehispánica como la tierra prometida, donde la serpiente es de-

rrotada y el águila eleva el vuelo; su rey poeta lo confirma, porque seguimos idealizando el canto del cenxontle, porque si este era el bastión de lucha para protegernos del invasor, nuestros pueblos originarios mostraban el pecho entre el peligro y la Patria citando al maestro Horacio Zúñiga. Esta espiral de cualidades y personajes no debe perderse ni romperse, debemos seguir hilvanando los sucesos progresistas y los personajes ilustres que abonen a una mejor sociedad y que junto a su casa de estudios, abracen al destino y al Estado como una bandera de valor y compromiso.

Somos un Estado de historia y de prestigio, que ve en su gente un motor de lucha, una fuerza creadora que lo mantiene a la vanguardia; día a día, los mexiquenses edificamos su historia, es este el momento de marcar el sello característico de nuestra época: los motivos a través de los cuales las nuevas generaciones recordarán nuestro transitar por esta patria chica.

Así como hace tiempo uno de sus hijos predilectos hiciera en favor de su tierra natal, el hombre de los geranios, el internacionista, el gobernador, el hombre de leyes y doctrinas que analizara al *Quijote* de Cervantes para adherirse a su anchura literaria, presto y de crepúsculos anchos, la tristeza del amo nos recuerda que el espíritu del hombre debe prevalecer fuerte y vigoroso aún en la adversidad, porque la libertad es un paladín que encumbra la fortaleza. Debemos ser justamente como este hombre de letras, don Isidro Fabela Alfaro, que siempre al servicio de la ley, apoyó las causas revolucionarias e hizo que las naciones lucharan por su autodeterminación.

En el plano estatal, edifica una cultura educativa fulgurante, concediendo la autonomía universitaria, moldeando un Estado próspero y fortalecido en sus finanzas, el gobernador Isidro Fabela deja los cimientos de una pacificación en tiempos convulsos para

el país y para el Estado de México; aunado a esa labor brinda su apoyo a quien sería el primer mexiquense en ocupar la silla presidencial: Adolfo López Mateos, descubriendo en él un potencial de perseverancia y resultados que le llevará a alcanzar un sitio de honor en los lazos de la historia nacional; así se edifica cotidianamente nuestro Estado, por personajes que, con su próspero actividad, van despuntando y dejando esquirlas de ventura para la Nación: este es un Estado de dinamismo, aporte nacional y consolidación de ideales.

|25

Son los vientos fríos de Toluca, los que dan la bienvenida al recuerdo de mujeres y hombres; anécdotas, pasajes históricos y testimonios de luz de este pedazo de Patria que bulle diáfana en el latir de los que hemos puesto nuestra cimiento en su suelo. Toluca, la capital del Estado de México; es fiel testigo del paso de la historia, suave remanso de la Patria donde se han dado cita los más connotados lazos generacionales, donde se ha anclado el sentido de pertenencia; es el referente estatal y la sede de los poderes constitucionalmente reconocidos para salvaguardar las funciones gubernamentales de la entidad mexiquense.

Toluca es su gente, sus colores, su clima tan particular; Toluca es sin duda la serie de edificaciones y monumentos que en ella están cimentados; es sus verdes valles, la puesta de sol con vista a tiritar de frío con tan solo observar al majestuoso Xinantécatl, fresco con la espuma de nieve que nos recuerda cuando el aire de Toluca aún era puro y transparente.

Así, andando los rincones de la ciudad toluqueña se puede observar cómo se ha modificado la facha de provincia por una airada metrópoli citadina, reconocer Toluca será necesariamente volver la vista atrás para entender qué es lo que ha pasado por sus latitudes, las nubes algodónadas de su cielo podrán recordarnos

el valle de los matlatzincas, hombres que defendieron su terruño del propio imperio azteca; de los orgullosos otomíes que aún en nuestras fechas siguen defendiendo el legado de sus antepasados y su lengua madre; esta es Toluca, la que en gajos de la historia se recrea para alzar la mano en el Valle (conjunto de municipios aledaños a la ciudad capital) y anunciar que en la frescura de sus montañas, se encuentran los veneros que dan vida a nuestras poblaciones, pues por esta zona geográfica dos ríos encuentran su cauce: el río Lerma y el río Verdiguél.

En ese valle enervado se inspira don Clemente, para darle el calificativo, de “Ciudad seductora” a la Toluca de Horacio Zúñiga; la Toluca provincial en la que el Padre Ángel María Garibay Kintana viera sus primeras luces y de la cual arrancara también inspiración para dulcificar sus mejores versos, lo mismo ocurrió con el padre Joaquín Arcadio Pagaza en su terruño de Valle de Bravo; del políglota padre Ángel María se pueden abordar diversas aristas y en *Huella en el horizonte* se le dirige un atinado homenaje a través de la pluma, pues en la tinta de la inmortalidad quedó plasmado el legado del humanista, poeta y filólogo estudioso Garibay Kintana.

Gracias a su obra se conocen los textos de los autores clásicos, pero también conocemos la lengua de nuestros antiguos, de los mexicanos de antaño que escribieron con tinta negra y roja el orgullo de una raza, la raza de bronce que edificó, en sus poemas y discursos, un testamento de supremacía, de dominio de su ambiente y de su ser; qué bello es conjugar la actividad evangelizadora con la grandilocuencia humanista, el estudio permanente y la cultura con crin de patriotismo, esa tarea edificante al servicio de la humanidad la reconocemos en la egregia figura del padre Garibay Kintana, quien nos deja su vasta obra literaria y su espíritu redentor; pues los oprimidos y los vencidos, ven en Garibay

Kintana una fuerza de inspiración, para convertirse en poemas de protesta, de luchas, poemas de redención que llegan a lo hondo de nuestro ser para caminar llevando la esperanza.

Esta serie de crónicas biográficas encontradas en *Huella en el horizonte* nos lleva a encontrar en el camino a hombres preocupados por el campo, a liberales, a gobernantes, banqueros, campesinos, y hombres de ciencia, todos humanistas, que soñaban en nuestro terruño, idealizando su engrandecimiento, edificado con la vida y el accionar de todos sus hijos, su sentido de pertenencia, pero también en la lectura de esta profusa obra nos encontramos los nombres de dos personajes que recrean el alma en joyeles y que, mediante la música le dan el rayo de luz a nuestra existencia, el mexiquense Felipe Villanueva, el joven que con su sensibilidad nos deja en la entonación de sus valeses, la reflexión de una humanidad que mientras tenga en su existencia seres de inspiración que contagien sensibilidad, tendrá aún latidos en su corazón.

Así, conformados los caminos de exaltación artística musical contemplamos en las páginas de esta obra a un ser universal, Ilitch Tchaikovsky, el artista de sinfonías con genio triste, como lo reseña don Clemente; sin duda, en un artista el medio en que se desenvuelve es el espacio que a perpetuidad marca su destino pues, sus composiciones tendrán una nutrida influencia de lo vivido; la labor del artista es desprenderse de sí y repartirse en piezas de su obra, el espíritu se recrea en sus aportes para extasiarse, para musitar la paz, para danzarle a la vida, para armonizar el entorno, para aguijonear las buenaventuras de fraternidad, para escuchar y deleitar el alma con “El lago de los cisnes” y “El Cascanueces” que son un parteaguas en la música denominada clásica.

Y si el camino de crónica emprendido en *Huella en el horizonte* es fulgurante pues nos imbuye al tributo de estos prohombres, clá-

28 | sicos y contemporáneos; pero no dejemos de lado la labor narrativa del insigne Clemente Díaz de la Vega Ruíz quien, haciendo gala de sus dotes literarios, nos presenta una serie de enriquecedores cuentos y narraciones que son dignos de admirarse por su estilo, por la soltura de su pluma y su verbo, por la narrativa empleada que le lleva a un reconocimiento mayor pues trasciende su tiempo y enriquece el gusto de lo cotidiano. Pero, dejaremos que sea el autor de la obra que se presenta: *Huella en el horizonte*, quien nos infunda en los detalles particulares de su narrativa, quien nos lleve, a través de la lectura, a la recreación de paisajes, anécdotas y realismos novelescos; que nuestro escritor mexiquense sea honrado con sus propias palabras: “*lo mejor del hombre se refleja en la humanidad y esa parte mejor hay que cuidarla, porque es la base del gran edificio humano, aunque nos cueste el derecho a ser felices*”.

Qué bello es recorrer el mundo desde la tinta y el papel; conocer lugares, personas, momentos, palabras e historias; tantas astillas del universo disipadas en la concepción de hombres y mujeres que aman entregarse a sí mismos a través de la escritura, como dijera Octavio Paz: “*(...) las estrellas escriben, sin entender, comprendo. También soy escritura, y en este instante, alguien me deletrea*”.

Y es que la escritura ha definido la historia de la humanidad: por su medio, el ser humano se dio a entender cuando no podía ser escuchado y me atrevo a decir que gracias a ella el ser humano se expandió, expandió sus horizontes y su concepción de un universo que dista de ser material para convertir, según la concepción helenista, al ser humano en mente y espíritu.

Es a través de esta *Huella en el horizonte* que seguimos fomentando, mediante su lectura, la identidad mexiquense, la exaltación del pensamiento y el sentido de las emociones; que mediante el transitar de sus páginas rindamos un justo homenaje a su autor

y que nuestra vida se troquele en epopeya, para decir: aquí están las semillas que han germinado, las semillas que depositó en el campo, don Clemente Díaz de la Vega Ruíz.

M. FERNANDO JUÁREZ DÁVILA

Apreciaciones
sociopolíticas y
ensayos biográficos

“México tiene una deuda pendiente con los campesinos de la patria”

CLEMENTE DÍAZ DE LA VEGA

Profundamente interesados en el destino oscuro y triste de los hombres vestidos de manta, se mostraron atildados y rebosantes de optimismo, los hombres de la banca nacional en su reciente convención.

Casi nadie escapó a tratar el tema. Todos hablaron del problema. Unos con la sapiencia libresca de sus asesores, otros por no dejar; los más por figurar en las primeras planas de los periódicos y justificar ocho días de asueto, fuera de sus también lujosas oficinas en la Metrópoli, y lejos de sus palacetes.

Los temas fueron los mismos: el campesino vive mal, hay que ayudarlo. Se requiere volcar recursos económicos al campo. Hay que organizar la producción agrícola (si no lo hacemos podría venirse una nueva Revolución, y eso ¡no!, por ningún motivo; se perdería el ritmo de progreso que, gracias a ellos, ha alcanzado el país). Urge librarse de líderes venales del campo. Que se acaben

los invasores de tierras, que se proscriba la usura y la ventaja en los préstamos del sector, que se maquina el campo, que se creen cooperativas para trabajar la tierra; en fin, que la problemática del agro, sea tratada bajo nuevos enfoques, pero nunca en forma paternalista.

34 | Con muy especiales excepciones, los banqueros abordaron, con pasión desmedida, con conmovido tono, los problemas del campo mexicano. Ellos sí están dispuestos a aportar capital, a volcar mucho dinero para que los surcos florezcan y el campesino, ese ser raro que usa huaraches, viste calzón y blusa de manta y usa sombrero de palma, “eleve su nivel de vida”, porque es muy justo. Porque ya son muchos años de que él pague el progreso del país, sin participar de los beneficios que él mismo ha creado... Y en el mismo tenor, los banqueros echaron su cuarto de espadas.

El nuevo y flamante presidente de la Asociación de Banqueros, electo en una democrática votación, por ser el mayor de todos, por conocer los intrincados problemas del crédito, de la hipoteca, del fideicomiso, habló con segura voz: para lograr avances importantes en el campo se requiere, además del crédito, otras cosas. Pero eso sí, “nos coordinaremos con el Estado y las organizaciones de agricultores, para encontrar soluciones adecuadas”. Y el aplauso de los asistentes no se dejó esperar... Cálido, lleno de pasión. Había que apoyar al nuevo líder, árbitro del dinero, de las finanzas, de los miles de millones de pesos y de dólares enclaustrados en los bancos, de los que sólo pueden disponer aquellos que den sobradas garantías, bienes inmuebles, fábricas sin números rojos, empresas florecientes y con ganancias anuales elevadas e insospechadas.

Y el nuevo líder de la súper estructura económica, más ponderosa del país, volvió a hablar y todos, después de expulsar su

entusiasmo, lo escucharon arrobados... “ahora tenemos capacidad de financiamiento (¿cuándo no la han tenido?) Volveremos a atacar con mayor agresividad los problemas que representa el “financiamiento de la agricultura” y después, la incursión en el sueño eterno de los manejadores de finanzas: es necesario resolver los problemas legales de la seguridad para que el empresario agrícola, sea pequeño propietario.

| 35

Tal vez habló, por boca del funcionario, una segunda naturaleza que pide dar al traste con todas la conquistas de los campesinos, haciendo propiedad privada el ejido y la comunidad ejidal. ¿No hablaría quizás el viejo anhelo de conquistar a millones de campesinos, prestándoles dinero pero empeñando la propiedad de la tierra? ¿Y el Estado? Él sería entonces como un convidado de piedra, sin voz ni voto.

Y habló también el titular de la Secretaría de Hacienda, acotando algunas puntualizaciones: “con eficiencia y productividad, podremos contribuir decididamente al desarrollo nacional y obtener una mayor justicia social en el país”.

En el lujoso recinto donde se celebró la convención bancaria, quedó escrita la historia para siempre. Los banqueros, enfundados en sus trajes a la última moda, hechos con telas caras, impolutos, oliendo a lavanda importada, todavía con el recuerdo de los rumbosos agasajos recibidos y la impresión de los bellos ojos de las bellas mujeres, regresaron a sus arduas labores, a sus resplandecientes despachos.

Sólo el campesino –calzón blanco de manta, huaraches de desperdicio de hule y sombrero viejo de palma–, no se enteró de nada, regresó del campo, su choza miserable, otra vez, a saborear su diario banquete: tortillas con chile.

Mientras en todos los hogares del país, con más o menos posibilidades económicas, se desbordó la alegría y los buenos deseos por las fiestas decembrinas; y con lloriqueante sensiblería unos, y otros con profunda sinceridad, todos recordaron al hombre que se inmoló por los demás, para lograr hacer mejor a la humanidad. Mientras en las mesas rebosantes de manjares y exquisitos vinos, el hedonismo del ser, presidió los saraos y los regalos, en el árbol de Navidad coruscante de luces, se entregaron oportunos; allá en la oscuridad de la inhóspita ranchería, en la parcela indigente y llena de carencias, en la choza de adobe, el campesino sintió su angustiada situación.

Allí, en aquel espacio, flotó un aire de tristeza. En el petate el padre, la madre, los hijos... sin esperanza, ellos, en silencio esperaron el Año Nuevo. En la tosca mesa de la choza, no hubo manjares ni vinos, solo un chiquihuite con tortillas nejas y en el fogón una olla de frijoles, que fueron el alimento de esa ocasión, como de otras tantas.

¿Qué hacemos todos por mejorar la situación de la humilde estirpe, que era dueña de todos los territorios que ahora en las

ciudades están repletos de edificios de lujo? ¿Qué se ha hecho para que la familia campesina (en su mayoría) deje de ser paria, símbolo de la tragedia de un pueblo y constante reproche a la indiferencia y falta de sentido humano de sus compatriotas?

Todo ha pasado por fin. El campesino y su familia han gozado de otra Navidad y de otro Año Nuevo, igual a los anteriores: saboreando su miseria, su desamparo y su tragedia.

Gustavo Aguirre Benavides: el verdadero descubridor del Barbasco

|39

Una planta mexicana que ha sido una mina de oro para los consorcios internacionales, que ha prolijado grandes industrias, y con la que han ganado millones de millones de pesos, con su explotación, extrayendo la maravillosa planta del suelo nacional, ha sido últimamente motivo de sensacionales reportajes y lógicamente se ha especulado sobre quién fue el descubridor de ella. Todas las versiones que al respecto conocemos son erróneas. Estamos en la condición, apoyados con documentos fehacientes, de afirmar que el descubridor de la planta, es un botánico mexicano de prendas relevantes y que por su admirable modestia, ha quedado al margen del mérito que le corresponde.

El descubridor del “barbasco” es el Ing. Gustavo Aguirre Benavides, científico coahuilense, originario de Parras, que hizo sus estudios en Alemania y en Washington y que al regresar a México, fue distinguido maestro de la UNAM, en la cátedra de biología.

El nombre de Gustavo Aguirre Benavides lo lleva en su honor, también el Jardín Botánico de la Universidad de su tierra

natal y la medalla con que se premia anualmente a científicos e investigadores.

40 | El impresionante currículum vitae, de nuestro entrevistado, es suficiente para calibrar su calidad científica y para revelar, en honor a la verdad, que es el descubridor de la planta maravillosa que dio origen a la elaboración de la progesterona, la testosterona y la cortisona.

Encontramos al destacado hombre de ciencia en su despacho. Le preguntamos de inmediato sobre la planta que tantas controversias ha suscitado últimamente y responde:

“Indudablemente que a lo largo de mi vida de investigación botánica, el más importante descubrimiento que he hecho ha sido la relocalización del llamado “Barbasco”, que nunca llevó tal nombre, siempre se le llamó “cocolmeca”, “Diente de Felipe” y otros nombres aborígenes, particularmente “Cabeza de Negro”. Esta planta no fue descubierta originalmente para los fines que se pretendían, porque el investigador químico que vino a hacer estudios para la localización de las plantas que pudieran contener saponígenos esteroides, no creía que existía en México la dioscorea; entonces nos dedicamos a buscar otras especies de agaves y yucas, trabajos que duraron aproximadamente 3 meses. Finalmente, el señor Russell F. Marker, creyó, cuando le afirmé que sí existía la “Dioscorea” en México, y le llevé algunas muestras. Después proseguimos a su localización y encontramos la Dioscorea Macrostachia; mejor dicho, la encontré yo porque el señor Marker, que es una eminencia científica en el ramo químico, no es botánico”.

Y continúa explicándonos el eminente científico...

–La localización de esta planta dio origen a una de las industrias más importantes en el ramo de las drogas en el mundo. En

ella se obtuvo en primer lugar la progesterona, luego la testosterona y después la cortisona, que tiene tantísimas aplicaciones en la terapéutica; y finalmente los anticonceptivos que tienen por origen la localización de la Dioscorea.

Esta es la sencilla declaración de un científico que no se envanece, ni comenta su gran descubrimiento; pero nosotros estamos en condición de afirmar, junto a eminentes científicos, sólo para ilustrar la importancia económica de la planta, que un kilo de progesterona es suficiente para obtener 200 mil ampollitas que significan un millón de pesos; y de cada tonelada de barbasco seco se obtienen 15 kilogramos de progesterona, lo que significa 15 millones de pesos, envasada en ampollitas (datos proporcionados por el Dr. Hernández Rodríguez, catedrático del IPN).

A mucha insistencia nuestra, para esclarecer la verdad histórica y darle el mérito debido a quien localizó la planta, poniéndola al servicio de la ciencia, Aguirre Benavides concedió la entrevista.

Queremos asentar, finalmente, que el descubridor del “Barbasco”, según todos los testimonios e investigaciones que hemos realizado, es el Ing. Gustavo Aguirre Benavides, y que el señor Marker, quien se ha adjudicado ese mérito, sólo fue un acompañante de nuestro entrevistado, que no buscaba la planta, sino que estaba interesado en otras especies.

LOS PRIMITIVOS POBLADORES

Un muro infranqueable veda al investigador el nacimiento de algunos pueblos y de sus primitivos pobladores: La diversidad de opiniones sobre hechos y fechas de los historiadores.

Asuntos hasta ahora no dilucidados son: si los primeros pobladores del Estado de México –que parece ser seguro fueron los Matlazincas- venían de Aztlán con las peregrinaciones aztecas o se les unieron en el camino; y que si pasaron por Michoacán o procedían de Guerrero. Discrepancias de las que se derivan una malla de teorías que crean una gran confusión entre quienes pretenden alcanzar conocimiento pleno sobre el origen de los primeros pobladores del Estado.

La historia es un proceso de deducciones más o menos lógicas, basada en datos más o menos exactos, y eso no ha hecho posible –a pesar de haber consultado y agotado las mejores fuentes, precisar el origen de los primeros pobladores– del Estado que en la penumbra de la prehistoria se ha perdido, no obstante que la noticia

de las excavaciones arqueológicas hechas en lugares como Atlacomulco, Lerma, Tequixquiác, Temoaya, Tepexpan, etc., nos dicen que fueron encontrados restos humanos fosilizados que, mucho antes de las afirmaciones de los historiadores, hace presumir que el Estado estuvo poblado desde épocas muy remotas.

44 | Y no pudo ser de otra manera ya que en la época de las peregrinaciones nómadas, las excelencias del clima, la diversidad de los recursos agrícolas y la belleza de las regiones del ahora Estado de México y de su capital Toluca, no pudieron ser ignoradas por quienes, tal vez hambrientos, desarrapados, buscaban lugares con los primordiales elementos para la vida del hombre, clima benigno o resistible, recursos para alimentarse y agua para asentar la vida de sus tribus y crear una cultura.

Aunque se dice que la primera raza que ocupó el valle de Toluca, fueron los Toltecas; García Payón, quien merece buen crédito por haber investigado nuestra entidad con singular cariño y haber vivido muchos años entre nosotros, dice que las tribus que habitaron el Valle fueron de origen azteca.

Por su lado, García Cubas opina que pertenecían a la civilización de los Michuca, ya que no hablaban el náhuatl como otras tribus; y los hace proceder de Michoacán oponiéndose a García Payón que dice que provenían de Guerrero, aduciendo razones muy densas que formaban parte, según otros, de las 7 tribus que se unieron a la peregrinación azteca, la cual los dejó instalados en el Valle de Toluca, continuando su peregrinación hacia el norte.

El nombre matlazinca, en una traducción muy liberal quiere decir “fabricantes de redes”, mientras la etimología del nombre de Toluca, a pesar de las encontradas ideas, parece que viene (según Payón) de la palabra *Tulla*, *Tullan*, *Tollan*, dándosele ese nombre

por estar ubicada en un cerro lleno de juncos y como recuerdo de la ciudad de Tollan.

Sobre el año de la llegada al Valle también hay discusión, unos dicen que fue el siglo séptimo a.C. y otros que en 1121 de la misma era. De toda suerte, fue una tribu nómada que se asentó en el Valle siguiendo los designios de un oráculo allí a la sombra del venerable “Árbol de las manitas”.

LAS LUCHAS Y LA ERECCIÓN DEL ESTADO

Casi todas las guerras de la humanidad se han provocado por la disputa de recursos necesarios para la vida de los pueblos, ya sean naturales o de otro tipo. Desde los albores de la entidad esta tónica prevalece, la codicia de los aztecas por obtener la producción maicera del Valle de Toluca y poder continuar su trayectoria como sojuzgadores de pueblos, provoca la guerra contra los Matlazincas que al fin, en 1495 son derrotados: Axayácatl, derrota a Chimaltecutli y el pueblo vencido se torna en esclavo y tributario del mexica, amo y señor de la altiplanicie hasta la llegada de Hernán Cortés a Tenochtitlán, circunstancia que anima a los matlazincas para luchar otra vez, por reconquistar su libertad perdida.

Cortés, ante la inquietud libertaria advertida en el Valle, manda a Gonzalo de Sandoval a pacificar la región, pero puede más el sentido de raza, de igualdad de origen, las dos razas autóctonas se unen y luchan contra el invasor, pero son derrotadas, la naciente ciudad es arrasada, sus moradores diezmados ante la crueldad del hispano, hombre bárbaro al que solo salva en parte, la noble actitud de los frailes franciscanos que otorgan el consuelo de la religión a los nativos. Pero el sabor de la libertad no se olvida, los que huyen

se unen, los proscritos regresan y fundan otra ciudad, ahora en el pueblo de San Pablo y por fin en 1533 se trasladan al abrigo de las montañas que forman en el azul valle, una hondonada de tierras fértiles, para que después, en 1667, Carlos Primero de España y V de Alemania, a instancias de los caciques Cortés, Hernández y Rivera, le otorguen los títulos de ciudad con el católico nombre de “Toluca del Señor San José”.

Durante la época de la Colonia, los matlazincas, ante la brutalidad impía de las encomiendas, reciben el consuelo de Fray Andrés de Castro y el fraile, junto con el alivio del cuerpo les otorga el del espíritu, simbolizado en la cruz que marcará el carácter de Toluca para siempre.

Llega el incendio de la Independencia y frenético el matlazinca, se lanza, al lado de Hidalgo y de sus hermanos mestizos y criollos, a la conquista de su libertad perdida, forjando sus propios héroes; Oviedo, Cruz y Albarrán, heraldos del heroísmo insurgente, que en los cerros aledaños a la ciudad, escenifican una heroica acción de Guerra que se epiloga con sangre en las Casas Consistoriales, con el sacrificio insurgente. El sacrificio de los héroes dará nombre a la “plaza de los Mártires”, al Cerro de Oviedo y a la “Calle de Víctimas”.

Estamos ya en 1821, el matlazinca recoge la antigua bandera que un día le arrebataron los aztecas muchos siglos atrás, la de la Independencia, porque ésta se ha conseguido para todos los mexicanos.

Después, nunca ajenos a los movimientos propios de un país en proceso de integración, por méritos propios, el 2 de marzo de 1821, el Congreso Constituyente de Texcoco, entonces capital de la entidad, bajo la presidencia del jurista y gran patricio José María Luis Mora lo erige en Estado. En las manos del enton-

ces gobernador, Don Melchor Múzquiz, se ha nacido a la vida institucional y, él mismo, en su segundo periodo de gobierno, traslada los poderes a Toluca, en donde han permanecido hasta nuestros días.

Quien se abisma en el estudio de la historia del Estado de México, llega a una conclusión inevitable: la época realmente moderna e institucional de la entidad debe considerarse desde que el Lic. Isidro Fabela –originario de Atlacomulco en donde nace el 29 de junio de 1882- adviene al gobierno el 16 de marzo de 1942, porque poniendo en juego su gran experiencia y energía, se propone rescatar al Estado del clima de atraso y de desorden en que vivía y desde los primeros momentos de su gestión, lucha denodadamente por desterrar la época de pistolero y de desorden social, para dar paso a una etapa de respeto al ciudadano, a las leyes y a las instituciones.

Coincidimos con el profesor Alfonso Sánchez García, cuando en su *Historia del Estado de México* afirma: “La mano de Fabela fue revolucionaria y por lo tanto dura... por eso más que castigar, corrigió”; porque el ilustre gobernante da al traste con el estilo de la vieja política dirigida por caciques locales y camarillas cerradas que usufructuaban a voluntad los puestos públicos y de elección popular, sin tomar en cuenta el voto de los ciudadanos, hechos que constituyen la negación absoluta de la función de

governar, cuyo representante que lo debe ser del pueblo, está obligado a propiciar y hacer respetar el sufragio popular, a crear un clima democrático y a escoger a los mejores hombres para la función pública.

50 | El gobernador Fabela como buen jurista, ejercita la función verdadera de gobernar propiciando la concordia entre los ciudadanos, la estabilidad política y, escogiendo a los mejores hombres para que ocupen los puestos públicos, pone en práctica un programa de obras materiales en beneficio del pueblo, no en el interés particular de grupos.

Estas y otras medidas abren el camino a las nuevas generaciones que con mayor preparación intelectual y doctrinaria, con altas metas sociales y un claro afán de servicio público darán la tónica de todas las actividades que, durante los últimos treinta años han propiciado la elevación de la entidad, de un lugar de última categoría, al primer sitio en el progreso material y espiritual de la nación.

Fabela pacifica el Estado y gracias a su gran visión y conocimiento de los hombres, se da la incorporación definitiva a la vida pública, auspiciando su ascenso a los más altos niveles de la política nacional, a hombres como el Lic. Adolfo López Mateos, que después fuera presidente de la República y, el haber animado también, la asunción al poder de Don Alfredo del Mazo y del profesor Carlos Hank González, entre otras valiosas personalidades.

Si hemos de convenir en que en nuestra realidad política siempre se ha necesitado un impulsor de los nuevos valores, un hombre que sin egoísmos mezquinos, reconozca méritos y cualidades de los que atrás vienen, y su derecho al figurar en la política, se debe asentar que al Lic. Fabela, corresponde el gran honor de haber reconocido las grandes prendas de político y estadista que

adornaron la personalidad del Lic. López Mateos, impulsándolo y ayudándolo sin reticencias, porque Fabela, no solo lo llama al Estado dándole la alta categoría de funcionario universitario, como director del prestigiado Instituto de Toluca, sino que después, es el factor determinante para que continúe su carrera como Senador, puesto que, después de ser gobernador, estaba llamado a ocupar el Lic. Fabela y que tuvo que declinar en virtud de haber sido designado Ministro de la Corte Internacional de Justicia, con sede en la Haya, Holanda; alto honor que, además, para él representaba la culminación de su carrera diplomática.

| 51

Aquí resalta otra faceta notable del gobernador que lo sitúa como hombre de carácter y de firmes propósitos, porque en lugar de haberse pronunciado por otros hombres, sin duda valiosos de su gobierno, que aspiraban al cargo, se inclina por el hombre de mayor talento y cultura: intuyó en el Lic. López Mateos las dotes de estadista que después como Ministro de don Adolfo Ruíz Cortines y presidente del país, reveló.

Para fijar la serie de circunstancias en que ambos personajes se relacionaron, creo necesario hacer una corta digresión, para narrar con mayores detalles, cómo estrecharon sus lazos amistosos y de colaboración, porque al respecto, se han propalado versiones tendenciosas que no cuadran con la verdad.

Todo parece iniciarse en un conflicto suscitado en el Instituto de Toluca, los estudiantes y maestros divididos profundamente desde la huelga de 1934, especialmente por cuestiones ideológicas y después por los sucesos políticos que provocaron la muerte del gobernador Zárate Albarrán, habían hecho del plantel el campo propicio para dirimir sus querellas, creando un clima de inestabilidad erizado de conflictos frecuentes, en detrimento de las labores docentes. El gobernador Fabela, después de varios intentos por

resolver tan delicada situación, comprendió que solo con un director de gran tacto político, avenidor y con una personalidad atrayente, podría volverse a la normalidad. Así lo comprendían también los amigos del gobernador y, para ayudarlo, habían encontrado a un exinstitutense que reunía las condiciones, para presentarlo en la forma adecuada, le encomendaron el discurso oficial que tradicionalmente se decía en el aniversario de la muerte de uno de los gobernadores más destacados del estado, el general José Vicente Villada.

La personalidad atrayente, la magnífica oratoria del Lic. López Mateos, en aquella ceremonia, produjo en el gobernador que la presidía, una impresión absolutamente favorable.

Ambos personajes, ese día, conversaron y comieron juntos en la residencia de gobierno y allí, virtualmente, no sólo se nombra al Lic. López Mateos director del Instituto, sino que se le abre el porvenir brillante que después supo manejar, con su gran habilidad. Lo acertado de la elección como director de la casa de la cultura más importante de la entidad –en cuyo recinto había sido antes, el Lic. López Mateos, alumno y bibliotecario– se comprueba con la justeza de la serie de medidas que adopta pacificando a los estudiantes a quienes hace sus amigos; de la misma manera que se gana el respeto y la estimación de los maestros, resolviendo así una situación conflictiva constante que confrontaba el plantel, esto a los ojos del gobernador hizo crecer la personalidad del Lic. López Mateos, quien en sus constantes entrevistas con el funcionario, cultivó duradera amistad.

Quiero narrar una anécdota de la que fui sabedor, que demuestra la habilidad política del gobernador Fabela, que me fue narrada personalmente por el ilustre personaje, en una de las visitas que le hacía en su solariega casa de Cuernavaca.

Cuando los grupos adictos y ligados muy estrechamente al licenciado Fabela, supieron que este pensaba inclinarse por la candidatura del Lic. López Mateos para Senador, se despertó en ellos cierta oposición al considerar que algunos tenían más méritos para el puesto, ganados desde el principio de su gobierno lo que provocó que una comisión de diputados locales y líderes de los sectores del Partido, visitará al Lic. Fabela en su casa de Cuernavaca, para hacerlo desistir.

| 53

Fue sencilla y hábil la forma de reaccionar del personaje, que ya tenía conocimiento de la posición de esos grupos; sin embargo los recibió, concentrándolos en su biblioteca, les hizo esperar casi una hora al cabo de la cual abrió la puerta para decirles más o menos lo que sigue: “Agradezco profundamente su visita, señores diputados y amigos, se a lo que vienen y los felicito por comprender con claridad la situación política por la que atravesamos, en virtud de mi nombramiento como Ministro de la Corte Internacional de Justicia. La elección de mi sucesor en el puesto de candidato al Senado de la República, de acuerdo con la auscultación previa realizada, ha sido conveniente y a ustedes, que son mis amigos, les agradezco profundamente que vengan a protestarme su adhesión a la candidatura del Lic. López Mateos. Señores, muchas gracias por su visita. Hasta luego”.

Y al pronunciar las últimas palabras, el gobernador desapareció por la puerta por donde había entrado.

Lo inopinado de la actitud del gobernador, produjo el natural desconcierto de los grupos de referencia que tuvieron que aceptar la situación. Así fue como el Lic. López Mateos, fue seleccionado como candidato a Senador, haciendo su campaña política al lado del Lic. Gabriel Ramos Millán, no sin sufrir la callada oposición de los líderes de esos grupos, que tuvimos oportunidad de conocer

en cada una de las giras que efectuamos con los candidatos, por toda la entidad.

Pero volvamos a la panorámica que tratamos de hacer, del gobierno fabelista.

54 | La extrema penuria en que vivían los gobiernos posteriores a nuestro movimiento revolucionario de 1910 y especialmente el del Estado de México, debe haber hecho pensar muy seriamente a los gobernantes sobre la forma de fortalecer y aumentar los presupuestos estatales, para poder ejecutar sus programas y atender a las necesidades crecientes de una población en pleno desarrollo. El coronel Filiberto Gómez 1929-1933, encuentra la fórmula, por demás apropiada, y que denota cómo el gobernante sentía o intuía su época: iniciar la industrialización del Estado aprovechando, entre otras circunstancias, su magnífica y privilegiada situación geográfica.

Esta actitud merece ser comentada por la nobleza que entraña y porque dejando a un lado consideraciones mezquinas y de utilitarismo personal, no piensa en el aprovechamiento inmediato de la medida porque sabe que los beneficios vendrán a largo plazo y que propiciarán el esplendor económico de la entidad. Esta es la condición esencial del verdadero estadista, porque un gobernante común y corriente solo piensa en el limitado período que le toca gobernar; en cambio el Estadista planea para un futuro ilimitado. El estadista actúa en razón de épocas, el gobernante solamente para el breve tiempo, en que le toca actuar.

El coronel Gómez, sin egoísmos, aunque sabía que tendría que pasar mucho tiempo para que se realizara la industrialización de la entidad, desea que esos beneficios –positivamente extraordinarios– sean para el pueblo y los gobiernos que lo sucederán, como lo revela la realidad actual, después de casi cincuenta años. Por eso

el visionario gobernante merece el reconocimiento más amplio de la entidad; y no solo por ese acierto, sino por las realizaciones de su gobierno constructivo que, entre otras medidas planificó y ejecutó el tronco fundamental de las carreteras en todo el Estado, en torno de las cuales se ha construido todo el sistema actual; y más admirable es la figura del coronel Gómez, cuando se sabe de su escasa preparación educacional, porque no tuvo tiempo de ir a escuelas, urgido por los imperativos de la vida y de la Revolución, y que en su niñez y adolescencia, —allá en los quemantes caminos del sur—, se forjó en el mismo oficio noble y honroso que ejerciera el gran Morelos.

| 55

La “Ley de Gómez”, Ley de Protección a la industria, que tanto honra a su autor y que sin criterios mínimos, propició el formidable desarrollo económico del Estado, fue emitida en el decreto No. 66, por la xxxii Legislatura Local y con fecha del 19 de marzo de 1931.

Esa pauta, afortunadamente, fue seguida también por don Wenceslao Labra, que conserve en vigencia el ordenamiento, así como por los siguientes mandatarios, con excepción del inmolado Alfredo Zárate Albarrán que no tuvo tiempo de gobernar realmente.

Don Isidro Fabela, al actualizar la Ley respectiva, otorga exención de impuestos por 10 años a las industrias que se finquen en el perímetro de la entidad, además de otras prerrogativas y logra con ello que al final de su gestión, se establezcan 1,515 factorías, 185 nuevas con capital de 300 millones de pesos, solo en la zona de Tlalnepantla.

Sería muy extenso hablar de otros ángulos de esa obra, pero hay que anotar que en el corto periodo de 3 años 6 meses —a pesar de los graves problemas políticos que tuvo que sortear— su

labor es realmente notable. Dentro de los 96 decretos que firmó en su gobierno destacan el de Protección a la Industria, la Ley de Educación; la que otorga la Autonomía al Instituto Científico y Literario en su régimen legal y administrativo, triunfo auténtico de estudiantes, maestros y obreros de Toluca con el que culmina una lucha de muchos años; la ley que protege a los seres más desvalidos, es decir, a los animales, y comprendiendo, sin el menor egoísmo, que es menester ampliar el breve periodo de los gobernadores de 4 a 6 años, para ponerlos a tono con el gobierno federal y de otras entidades ampliando las posibilidades de una gestión más efectiva, lo hace también ley, de la misma manera que actúa en relación con los ayuntamientos ampliando su periodo de ejercicio.

En el aspecto de obras materiales, construyó hospitales en Texcoco, Ixtlahuaca y en el, hasta entonces olvidado, sur de la entidad, Sultepec.

Continuando la Reforma Agraria de la Revolución realicé dotaciones de ejidos por 3,067-29-78 hectáreas, que si bien no son comprobables a las cifras posteriores, para aquella época sí fueron de suma importancia, justificando así su calidad de Revolucionario que, aunque no profesaba en todas las ideas de Zapata, sí cumplió con el espíritu de la Ley del 6 de enero de 1915, honrando a su creador don Venustiano Carranza, con cuyo grupo participó en la Revolución y de quien fue canciller.

Fabela construyó grandes centros educativos como el de Toluca denominado "Justo Sierra" para 4 300 alumnos, con 46 aulas, 4 talleres y un gran auditorio y otros con gran visión de futuro, justificados ahora ampliamente, no obstante que en su tiempo, por su monumentalidad, fueron criticados, como los de Chalco y Amecameca, Atlacomulco y Temascaltepec; y nos parece un

record para su tiempo, que rompe con el criterio estrecho que, anteriormente se tenía al respecto, el hecho de que en tres años haya edificado 200 escuelas en la entidad.

Así mismo reorganizó la hacienda pública en 1942, al recibir el Gobierno, las recaudaciones eran de 6,380,113.30 y al dejarlo montaban 8,876.486.66, a pesar de las condiciones difíciles que le tocó sortear con motivo de las repercusiones de la Segunda Guerra Mundial.

|57

Durante el periodo de este gobernante humanista e innovador, el presupuesto de egresos del Gobierno fue elevado a 3.600,335 que tenía en 1942 a 8.271,633 en 1945.

Después de haber trabajado incansablemente, haciendo que los habitantes de la entidad conocieran a los más destacados literatos, pintores, escultores, músicos, en los actos culturales que organizó con especial pasión y haber impulsado en general las manifestaciones del espíritu, labor que le otorgara el título de “El Gobierno Culto de Fabela”, se despide de su entidad con estas sencillas palabras:

“Dejo mi provincia natal, con la serena ventura del hombre que, amándola entrañablemente, le hizo todo el bien que estuvo a su mano”.

Al hablar de Toluca –la ciudad limpiecita, recatada y devota como decía el poeta Horacio Zúñiga–, no se puede dejar de hablar de sus espaciosos, acogedores y coloniales portales, porque son el centro de la ciudad, el refugio de la población en sus horas de asueto; el espacio límpido de las citas y los flirteos de los jóvenes y el diario paseo de los estudiantes, de los obreros, de los empleados; puede afirmarse que en torno a los portales, palpita, sueña y trabaja la ciudad de Toluca, y para el visitante, el turista; son el lugar de visita obligado.

LA CONSTRUCCIÓN DE LOS PORTALES

La idea de construirlos data de 1827, el 1 de octubre, cuando Manuel de Izaguirre gestionó que el Convento de San Francisco, mediante el pago de 100 pesos anuales que se destinarían al culto, cediera 40 varas del este y del sur de la hortaliza del Convento, para que allí se construyeran unos portales “que hermosearan la población”, proyecto que no se realizó y que incluso fue atacado

por los integrantes del Cabildo del Ayuntamiento, cuando vecinos destacados insistieron en construirlos, en 1831, siendo presidente municipal el señor Luis Madrid, quien aprobó que se construyera el Portal de la Calle del Maíz (hoy Constitución), indicando que el propio Ayuntamiento cobraría el derecho de piso en la hortaliza del Convento.

60 | Un 6 de febrero de 1832, el vecino ingeniero y hombre progresista Don José María González Arratia, con el apoyo del gobernador Melchor Múzquiz, principió la edificación de casas con sus respectivos portales, por el lado del Convento, al oriente, poniente y sur. Con la dirección de González Arratia, vecinos destacados de Toluca, concluyeron la primera parte de la obra en noviembre de 1836, con un costo de 164 mil 500 pesos.

El 28 de febrero de 1870, con autorización del Ayuntamiento, el Párroco Fray Buenaventura Merlín, dio principio a la construcción del portal que se llamaba “cura Merlín” (que hoy es Reforma), al costado Oriente de la plaza, concluyendo la obra el 21 de abril de 1897, que se constituía de 27 arcos. Los 10 siguientes fueron construidos en la época del gobernador Agustín Millán sumando en total 118 arcos que ocupan los tres lados de un cuadrilátero, quedando libres las calles que hoy son la de Independencia, en donde se ha construido la obra de la Basílica y en seguida rumbo al oriente, está el Palacio Municipal. Los lados sur y norte de los portales tienen 37 arcos cada uno y el que se orienta hacia el sur tiene 44.

Debido a las obras del Ayuntamiento que terminó su periodo el 31 de diciembre de 1975, denominado “Proyecto Plaza Portales”, se ha terminado una gran plaza con superficie de 8,706 metros cuadrados, en el centro de los portales; el espacio destinado a comercios con cinco niveles también un gran estacionamiento.

Todo ello moderniza los portales de Toluca, los torna más funcionales y constituye un conjunto de gran utilidad pública.

Gracias a la labor constructiva de los gobiernos del Estado en los últimos 33 años, la fisonomía de Toluca ha cambiado radicalmente, nuevas plazas, avenidas, jardines, paseos, edificios, etc., dan a la ciudad antes levítica, la imagen de una incipiente metrópoli, aunque sigue conservando su ambiente provinciano, límpido, de aire puro y de tranquilidad en la vida.

|61

LOS LUGARES TURÍSTICOS

Toluca, a la que llamara el poeta José Luis Álamo, “reina de los geranios y la nieve”, es un lugar donde florecen las artesanías de muy diversos tipos; bellos sombreros de palma, petates vistosos, que el turista puede adquirir en los pueblos de Santa Ana Tepaltitlán, San Pedro Totoltepec, San Pablo Autopan, etc., la industria familiar de los dulces deliciosos cubiertos, especialidad de Toluca; los textiles de ixtle y algodón que se hacen en los pueblos del sur de la ciudad; buenos también son los manteles de Capultitlán, los artículos multicolores, baleros, sombreritos, alhajeros, etc., de Madera de San Antonio la Isla.

En Toluca, como en el pueblo cercano de Metepec, en donde se hacen los famosos “Árboles de la Vida”, florecen también las artesanías de hojalata, como faroles, espejos; los de alfarería, como macetones, las figuras de alambre, etcétera.

Si el visitante quiere trasladarse a Europa por un momento y adquirir, como si estuviera en París, tapetes tipo persa magníficamente trabajados con técnica europea, puede atravesar por

carretera, un cerro al Norte de la ciudad y al otro lado, encontrar el pueblo de Temoaya, en donde los hacen y son extraordinarios.

62 | Pero no se perdonaría al viajero que en Toluca dejara de visitar los magníficos templos católicos como la Basílica del Tercer Orden en los Portales, el Ranchito, imponente y con pinturas singulares en el bello Paseo Colón, el templo de la Merced, el imponente templo del Carmen, el de San Juan de Dios y las iglesias menores de barrio como la de Santa Clara, San Sebastián, Huitzila, San Juan Chiquito, etcétera.

LOS PASEOS DE LA CIUDAD

Pero vayamos al examen de los paseos de la ciudad que tiene la magia de apoderarse de sus visitantes, el esplendoroso Paseo Tollocan, a la entrada de la ciudad, con sus Álamos blancos y sus zonas verdes bien cuidadas; después siguiendo el circuito entrar en la zona moderna por el rumbo del Paseo Colón, para llegar a las bellas instalaciones universitarias, facultades flamantes de la UAEM y arriba, en el mismo cerro de Coatepec, en cuya base descansa el Estadio Universitario, admirar el busto enorme y bien hecho del presidente López Mateos y el mural, sobre roca, más grande del mundo, mientras nos embelesamos en la contemplación de la ciudad dormida; desde allí, después iniciar un recorrido por el circuito de Circunvalación, que se desarrolla por los cerros que rodean a Toluca, desembocar, si es viernes, en el espectáculo aún nativo y típico del tianguis del Carmen, que no tiene igual, para rematar esa noche escuchando en la Sala “Felipe Villanueva” a la Orquesta Sinfónica del Estado de México, la mejor del país, interpretando música inmortal.

No termine allí su paseo, al siguiente día organice una excursión al Nevado de Toluca, cuya carretera lo lleva hasta las faldas del volcán y sus lagunas. Nieve como en Alaska, la maravilla del espectáculo blanco y la visión del valle, maravilla desde esa altura, todo aquello cantado bellamente por el poeta que vivió en Toluca, José María Heredia.

Si va a Toluca y quiere abismarse en el pasado histórico de la ciudad vaya a Calixtlahuaca, a menos de 23 kilómetros, ocupada por nuestros ancestros desde el periodo preclásico y, si visita Tenango en pocos minutos, descubrirá otra gran zona arqueológica, la de Teotenango, cuya historia puede aprenderla en el gran museo de la Ciudad, a un costado del Palacio de Gobierno; pero también visite los pueblos cercanos a la ciudad cuya remodelación ha sido maravillosa, por ejemplo San Felipe Tlalmimilolpan. Visite Metepec y admire el tianguis multicolor de los lunes y coma “antojitos mexicanos” comprados en la plaza, encaramada en el cerro del lugar, existe una iglesia de juguete.

Y después de Toluca, por una carretera magnífica, vaya a Ixtapan de la Sal, para que goce de su clima y de sus aguas sulfurosas curativas, quédese unos días en Valle de Bravo, paraíso terrenal, suba al lugar denominado “La Peña” para cortar, sin que le cueste nada, orquídeas silvestres; es la tierra de un gran poeta, Joaquín Arcadio Pagaza.

Nos falta mucho por decir, pero ¡Visite Toluca! Solácese con su ambiente, ¡trate a su gente hospitalaria y noble, alegre y generosa! Y nos agradecerá porque se reconciliará con la vida, con la naturaleza y con los hombres.

De Hidalgo a Carranza, la lucha por la tierra

|65

En México, país eminentemente agrícola, el problema fundamental ha sido siempre, el problema de la tierra. “De la encomienda que nos trajo el conquistador a la hacienda porfirista, el drama es uno: La tierra en posesión de pocos propietarios, en detrimento de los derechos de la población general desvalida y olvidada”.

Por alcanzar una más justa distribución de la tierra y de los bienes que le son propios, nacen las revoluciones del pueblo.

La Revolución de 1810 es el levantamiento de los criollos en contra de España. Busca el apoyo de la raza indígena, cuyas tierras han sido usurpadas por el conquistador y en estas circunstancias obtiene su más alta calidad de justicia y el más franco apoyo.

En la idea de la Independencia va implícita la idea para las clases desvalidas de alcanzar la libertad, por eso, el movimiento se extiende rápidamente por todos los ámbitos del Virreinato y el pueblo lo hace suyo.

Don Miguel Hidalgo y Costilla, cura venerable de Dolores, comprende que la fuerza de su movimiento ha de ser la que le den las clases oprimidas y, por ello, levanta banderas de reivin-

dicación para ellas; para los indígenas esclavos, que han perdido su patrimonio; para los pueblos que pagan tributos onerosos al Virrey y a la Iglesia; y para la gran masa, aún sin una conciencia social clara, que en un tremendo estado de servidumbre, sin protestar sirve a los amos esperando solamente un caudillo para seguirlo.

66 | De esto se infiere que, uno de los actos más atinados de Don Miguel Hidalgo y Costilla, haya sido firmar el Decreto aboliendo la esclavitud y las gabelas con lo que da un golpe de muerte a las encomiendas virreinales, liberando al indio y colocándolo, moralmente, en la misma condición de hombre libre que sus opresores para que pueda reconquistar sus derechos, que son principalmente sobre los terrenos de sus antepasados. Y para completar su obra el 5 de diciembre de 1810, firma el decreto que ordena, precisamente devolver las tierras a los pueblos indígenas para que el goce de ellas sea únicamente “para los naturales en sus respectivos pueblos”.

Posteriormente, Morelos, el inmenso cura de Carácuaro, el héroe máximo de nuestra historia, en quien también germina, en altas dimensiones de genio, el problema de la tierra; y, adelantándose en centenares de años a su tiempo, proclama que es necesario fraccionar las haciendas y liberar a los esclavos dándoles el derecho de trabajar un pedazo de tierra con libertad y en beneficio suyo.

Después de la consumación de nuestra Independencia nacional, el 27 de septiembre de 1821, viene una época de cuartelazos y asonadas; de confusión política y constante agitación revolucionaria, de pobreza y completa inseguridad pública que no permite edificar nada, ni tratar algún problema de trascendencia en firme.

BALBUCEOS DE LIBERACIÓN AGRARIA DE LA REFORMA

Sin embargo, los problemas de la tierra han de dormir un sueño largo. Sólo la presencia de los indígenas y mestizos, como soldados en los diversos grupos que luchan por la posesión del poder después de la consumación de nuestra Independencia, nos recuerdan su importancia.

|67

El Plan de Ayutla es el antecedente más firme de la Revolución de Reforma y ésta es otra oportunidad para que el pueblo, una vez más sobre las armas, guiado ya por grupos liberales que tienen una mejor visión de los problemas sociales, luche en contra de las clases privilegiadas, el clero y el ejército del poderoso en turno, dueños de vidas y haciendas, con el pensamiento fijo en alcanzar una mejor distribución de la riqueza y una mejor manera de vivir.

Las Leyes de Reforma, promulgadas por el licenciado Benito Juárez, patricio de Guelatao, Benemérito de las Américas, a la vez que destruyen el poder secular del clero, constituyen la base de la liberación moral del indio. La Ley del 25 de junio de 1856 que desamortiza los bienes raíces, cuyos principales dueños eran el clero y los grupos privilegiados, para devolverlos a las comunidades indígenas, aunque no tuvo eficacia debida, es otro paso para conseguir su liberación: No obstante que después como lo dice J. del Castillo en su *Historia de la Revolución Social de México*, de los indígenas pasaron esas tierras al acaparador ínfimo e inmediato; de este al propietario y por último al hacendado poderoso.

Los preclaros paladines de la Reforma, la época más importante de México en lo que a hombres y programas se refiere, desgraciadamente no tuvieron un panorama concreto sobre los problemas de la tierra; sin embargo, sí sintieron la necesidad de

darles su debida importancia. Don Ignacio Ramírez, El Nigromante, hombre cabal y gran visionario de nuestra lucha social, ínclita figura sin par en la historia, con sus ideas de hacer justicia plena al indio; y el gran Melchor Ocampo, preclaro varón, ensayando en sus propias haciendas una incipiente doctrina de socialización de la tierra, deben formar parte de los precursores del agrarismo mexicano.

EL PORFIRISMO, SÍMBOLO DE OPRESIÓN CAMPESINA

Es hasta la época porfirista cuando los problemas de la tierra ocupan lugar de primer plano, no solamente porque la población rural ha crecido y con ella su importancia, sino también porque el estado de injusticia social se hizo ya intolerable; porque el cacique político y la tienda de raya, fueron dos factores de tremenda opresión para el campesino que trabajaba de sol a sol por un mísero jornal. La falta de libertad y de trato humano fueron los signos de aquel tiempo.

En la época porfirista, las injusticias cometidas con el hombre del campo a lo largo de toda la historia, culminan hasta hacerse insoportables y es, en esa triste condición, en donde la clase rural en general, encuentra la razones fundamentales, la inspiración, el valor y la fuerza necesarios para emprender a fondo una lucha para liberarse de las clases opresoras y hacer que la justicia social llegue al campo.

El latifundio es la expresión, la caracterización más completa de la época porfirista. El hombre, como peón acasillado, es propiedad particular del hacendado y éste, rico y poderoso, cuenta con el absoluto apoyo del gobierno y es, en el campo, junto con

el jefe político que también es su mejor aliado, la única autoridad válida, incontrastable.

En el año de 1910, 11 000 propietarios eran dueños de las dos terceras partes de las tierras de la nación, mientras 15 millones de hombres no poseían ni un solo pedazo de tierra. Esta condición monstruosa de explotación colectiva, sería suficiente para dar una idea definitiva del tremendo estado de injusticia social que reinaba en el porfiriato. Y para hacer definitivo, terminante el cuadro, seguimos al ingeniero León, autor de los datos, que dice que 71, 300,000 kilómetros cuadrados pertenecían solamente a 834 terratenientes, casi las dos terceras partes del total del territorio patrio. Un cálculo aproximado indica que, por término medio, a cada uno de los terratenientes le correspondían 1,500 kilómetros cuadrados de la superficie agrícola total del país.

Todo esto sucedía en un clima de pobreza y de hambre extremas que vivían las grandes mayorías. Inicua, espantosa explotación de la clase campesina. Conculcamiento de los derechos ciudadanos. Nulo respeto al hogar humilde, a la familia campesina. Desprecio absoluto del poder para la vida humana de los débiles. Porfirismo era en fin, el despojo, con lujo de fuerza de las propiedades de los humildes; fue la guerra sin cuartel contra el pueblo, el crimen contra los derechos del pobre. El poder absoluto de unos cuantos en contra del pueblo indefenso en su enorme mayoría.

Este espantoso estado de cosas, originó que la agricultura en un país como México, eminentemente agrícola, se convirtiera en una actividad incosteable al grado de tener que importarse grandes volúmenes de productos de primera necesidad, principalmente maíz.

La serie de leyes sobre la tierra, promulgadas durante su largo periodo gubernamental, por el mariscal de la reacción conserva-

dora, el ídolo de barro de los ricos, fueron siempre en contra de los derechos legítimos de los campesinos y solamente para acrecentar su servidumbre, su ignorancia, su miseria, su desamparo.

70 | En las conciencias de los hombres del campo de México, el sentimiento de debilidad y desamparo, fue transformándose en rebeldía y en odio, en afán de liberación y en firme propósito de destrucción del cruel régimen opresor.

LA TIERRA DEBE SER DE QUIENES LA TRABAJAN

El grito de Zapata no tardaría en invadir la campiña mexicana, pero antes don Porfirio debía ser derribado del poder. El presidente Madero, debido a sus graves errores políticos, fue inmolado por el dipsómano y sanguinario Victoriano Huerta, llenando de oprobio y de tragedia el nacimiento de la Revolución social que se iniciara el 20 de noviembre de 1910.

Detenerse en los pormenores del gobierno del presidente Mártir, así como en las andanzas guerreras de Zapata, sería extenso.

Del hombre lo que más vale es aquello que permanece en el tiempo y da luz de verdad siempre.

Por eso hablaremos, aunque brevemente, del plan más importante de todos los que se redactaron en el proceso primario de Revolución mexicana: el Plan de Ayala, signado por el general Emiliano Zapata, Antonio Díaz Soto y Gama Otilio Montaña y un puñado de hombres de eminente extracción campesina, con el lema de “Libertad, Justicia y Ley”, el 28 de noviembre de 1911, en la Villa de Ayala, Estado de Morelos.

Emiliano Zapata era originario de Anenecuilco, Morelos, pueblo inhóspito que fue avícola y minero alguna vez, situado

al pie de la sierra que limita el Valle de Cuautla. En esa tierra ardiente nació el 8 de agosto de 1879. A los 9 años de edad, tuvo que asistir impávido al derrumbe de casa y huertas, que los esbirros porfiristas hicieron en un barrio de su propio pueblo. Dicen también que ese día comprendiendo en toda su rebeldía el dolor del pueblo vejado, al dirigirse a su padre preguntándole por qué no se luchaba en contra de los amos que ordenaban tantas tropelías, y contestarle el padre, que porque les quitarían las tierras, Emiliano respondió en un sublime gesto de penetración hacia el futuro:

“Cuando yo sea grande, haré que les devuelvan las tierras”.

En otra forma narra el Gral. Gildardo Magaña el suceso, en su libro “Emiliano Zapata y el Agrarismo en México”. Apunta que Emiliano, muy pequeño aún, con su hermano Eufemio, ayudaba en las labores agrícolas a su padre, don Gabriel Zapata.

En cierta ocasión el honrado labrador, comentaba la serie de despojos que sufrían los ejidatarios, por parte de los hacendados vecinos, condenando con frases duras al gobierno por permitir tales desmanes que aumentaban la extensión de los latifundios, sumiendo en la esclavitud a los campesinos.

Entonces se estableció este diálogo entre padre e hijo:

“—¿Y por qué no se juntan todos ustedes los del pueblo y se apoderan de las tierras que les han quitado?

—No hijo —replicó bondadoso don Gabriel, sonriendo con tristeza ante aquella proposición, que él juzgaba ingenuidad de un pequeño— contra el dominio de los señores hacendados nada se puede hacer; ellos lo tienen todo.

—¿No se puede? Dejen que yo crezca y verán si yo puedo recuperar las tierras que nos han quitado —replicó enérgicamente el jovenzuelo”.

Sea una u otra la verdad, la anécdota revela una temprana inquietud de Emiliano Zapata, su temperamento ardiente y el inicio de su pujante arrojo.

Deducimos claramente que Zapata sintió en carne propia el despotismo del hacendado. Supo de la tragedia y el desamparo del campesino y exponiéndolo todo, se lanzó a la Revolución para no seguir sufriendo cárceles injustas y atentados a los suyos.

72 |

En Morelos, se escenificaron, tal vez las peores crueldades del régimen porfirista en contra de los pueblos. Por eso Zapata, con toda su rebeldía original y su primitivo y pujante arrojo, al conocer la actitud de Madero al iniciar la Revolución, se va a las armas con unos cuantos amigos y se convierte en el vengador de los campesinos. Su grito es “TIERRA Y LIBERTAD” y, ese grito justo, magnífico en su profunda sencillez, porque es todo un compendio de reivindicaciones y justicia para los de abajo. Durante toda su vida, el caudillo del Sur no ha de saber de claudicaciones; de componendas con el poderoso en turno; de enjuagues para ocupar puestos públicos, de maniobras para ser grato al político o al gobernante. Zapata ha de dar a su grito toda la consistencia y necesidad de un ideal que es carne misma del pueblo y que será, lo es todavía, rebeldía poderosa y rectificación, aviso y espera.

Por ello, Zapata, después de los Tratados de Ciudad Juárez, sintiendo que los ideales laminares de la Revolución —reparto y restitución de tierras—, se han frustrado, se han vuelto papeles de componenda en manos de los políticos maderistas y de los emboscados científicos porfiristas, sigue sosteniendo el Ejército Libertador del Sur y, después de sufrir los epítetos de bandolero, abigeo, hombre fuera de la ley, etc., ha de caer sacrificado en Chinameca, con la honra de no haber claudicado nunca, en el

sostenimiento del sagrado ideal del pueblo: “La tierra debe ser de quienes la trabajen con sus manos”.

Zapata con su conducta, es reproche para Madero en su debilidad, a su contemporización con aquellos que después lo han de sacrificar siendo presidente: Zapata tenía razón hasta en ello.

El nacimiento del Plan de Ayala no es más que la respuesta, otra vez obcecación y virilidad, de quienes realmente luchan por el pueblo en contra de los políticos en turno, que no son sino los padres de los negativos políticos de todos los tiempos: oportunos a la hora de repartir, pero no así a la hora de luchar.

|73

ACTUALIDAD DE ZAPATA

Por fortuna, los ideales de Zapata están vivos, pero todavía no se cumplen en su totalidad.

Zapata sigue siendo luz de justicia y de redención para el pueblo, ese artículo 6º del Plan de Ayala que tiene reflejos profundamente humanos... Los terrenos, los montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos y caciques, a la sombra de la justicia venal, se deberán entregar a los pueblos. Y todos sabemos que aún existen los herederos de aquellos hacendados, científicos y caciques que, disfrazándose muchas veces de revolucionarios, usufructúan grandes extensiones de tierra, mientras ese conjunto oscuro de hombres, cuyos ancestros lo expusieron todo por un ideal, siguen en la miseria.

Si examinamos el artículo 7º del histórico documento, hemos de llegar a la conclusión de que su contenido sigue teniendo una vigorosa fuerza presente.

Dice que, en virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos, no son más dueños que del terreno que pisan, sin poder mejorar en nada su condición social, ni poder dedicarse a la industria, ni a la agricultura, por estar monopolizados en unas cuantas manos, tierras, montes y aguas, por esa causa se expropiarán... a fin de que los ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fundos legales para campos de sembradura y de labor y se mejore en todo y para todo, la falta de prosperidad y bienestar de los mexicanos.

Declaramos que, no obstante los esfuerzos hechos por los gobiernos de la Revolución, muy meritorios por cierto, la situación de la gran mayoría de los mexicanos, sigue siendo angustiosa.

LA REVOLUCIÓN CONSTITUCIONALISTA

Después del cruel y oprobioso asesinato del presidente Madero y de José María Pino Suárez, Huerta se adueña del poder. Sin embargo hallábase en el norte, un hombre serio, de pensamiento equilibrado, pese a la situación reinante. Era el gobernador de Coahuila, don Venustiano Carranza.

Mientras Zapata sigue luchando con notoria desventaja, defendiendo el Plan de Ayala, don Venustiano, profundamente indignado por los asesinatos de los próceres de la Revolución, proclama el Plan de Guadalupe, que apunta 2 objetivos fundamentales: destruir la tiranía de Victoriano Huerta y restaurar los principios de la Constitución.

El Plan de Guadalupe, promulgado el 26 de marzo de 1913, es un documento eminentemente político que busca, principalmente, los dos objetos apuntados. Las profundas reformas

sociales que buscaban los campesinos y Zapata con ellos, no figuran en el Plan, no por lo que se ha dicho malévolamente, de que Carranza fuera enemigo de ellas, debido a su extracción, sino porque, el recio “Varón de Cuatro Ciénegas” pensaba, y así lo expresó a Alfredo Breceda antes de redactarse el escrito, que lo más urgente e inaplazable era centrar la acción de la Revolución constitucionalista en hacer que el país volviera a los cauces legales; después sin pecar de demagogo, habría mucho tiempo para realizar los ideales agrarios ya con la mayor fuerza de un movimiento triunfante.

No obstante, la atinada manera de pensar de Carranza, una vez que los jefes militares reunidos en la Hacienda de Guadalupe, conocieron el texto del Plan, hubo protestas, deseábase que se agregara al texto, un claro contenido agrario, así como postulados obreros; y, sobre todo, que se apuntara la urgente necesidad de que los latifundios se fraccionaran. El clima de la reunión no podía ser más apasionado, no obstante, cuando intervino en el debate don Venustiano, todos quedaron convencidos con la fuerza de sus razonamientos, que fueron estos más o menos: “Si se quiere que la guerra dure 5 o 6 años, hagamos promesas de hondas reivindicaciones sociales. Los terratenientes, el clero, los industriales, son más fuertes que el gobierno de Huerta. Hay que acabar primero con el gobierno por razones que huelga apuntar. Después, será más fácil realizar los anhelos del pueblo”.

Nadie puede dudar que la táctica adoptada por Carranza, en aquella hora, era absolutamente correcta. Su objetivo inmediato y primordial era destruir el régimen tiránico y espurio de Huerta; y como para realizar los afanes sociales, se necesitaba tener en las manos la fuerza que da un gobierno, dueño de él, los constitucionalistas, podrían oponer, la fuerza de esos ideales, a la naciente

burguesía y al clero, como después sucedió. Esas circunstancias le dieron, a la larga, la razón al visionario don Venustiano.

Pero todavía faltaba mucho para que se realizara la etapa firme de las transformaciones sociales a favor del pueblo, del campesino, la clase mayoritaria del país en aquel tiempo, Carranza era un estadista, a la vez que un talentoso militar y con esas prendas, supo conocer el camino que debía recorrerse.

76 |

Por ello, durante todo el tiempo que duró la Revolución, a la vez que combate decididamente al gobierno de Huerta en todos los frentes, hace llamados a la unidad de los más connotados y sinceros jefes militares: lanza proclamas al pueblo, vota atinadas medidas de gobierno y como un gran estadista, su genio se multiplica en los asuntos del Estado y en la guerra, tratando de poner las más firmes bases para la organización del país.

Entre tanto Huerta, encarcela, asesina, compra voluntades y en su necia dispsomanía y ceguera no piensa que su fin está próximo, que está perdido. Zapata, a su estilo, está también con la Revolución, supuesto que también combate a Huerta y no deja de proclamar su ideal de tierra y libertad.

Las victorias constitucionalistas se suceden. Los nombres de Obregón y Villa van entrando a los umbrales de la leyenda. Le siguen en la senda: Pablo González, Eulalio Gutiérrez, Maclovio Herrera, Lucio Blanco, Manuel M. Diéguez, Ramón F. Iturbe y tantos otros generales que tienen el espíritu inflamado por conseguir una patria mejor, bajo las banderas de la legalidad.

Y con la caída de Zacatecas, viene la desbandada del ejército huertista, al que Villa, en la plenitud de su talento militar y de su gloria, le da el tiro de gracia.

El día de la victoria está cerca. Los generales abandonan al tiránico Huerta y pactan la paz con los constitucionalistas, a

través de los tratados de Teoloyucan, el 13 de agosto de 1914 y en una fecha no lejana, el 20 de agosto del mismo año, después de 15 meses que duró la lucha armada cuya victoria para la legalidad estructuró Carranza, la Ciudad de México presencia el desfile de los ejércitos triunfantes.

Los ideales de Carranza se realizaban: México regresaba al camino de la legalidad. Las figuras de Madero y Pino Suárez eran honradas por el pueblo, y de hombres públicos que fueron, se habían convertido en símbolos de la patria.

Largo sería hablar del siguiente periodo de nuestra historia. Bien conocidos son los sucesos de la convención de Aguascalientes. El constitucionalismo se divide. Tres corrientes luchando por la hegemonía; carrancistas, villistas y obregonistas; mientras la mirada de águila de Zapata vigila. Desgraciadamente, debido a las pasiones de los hombres, con francos y legítimos derechos adquiridos en la lucha, se desconoce la autoridad de don Venustiano, el artífice de la unidad, el realizador de la victoria, y lo obligan a emigrar a Veracruz. La Revolución se ha dividido. Sobre el país, la prematura claridad del cielo se enturbia, para dar paso otra vez a las nubes de la tempestad.

CARRANZA, ALIADO DEL CAMPESINO

Carranza está en Veracruz. A su lado lucha Obregón. El estadista de la barba venerable no descansa. El 12 de diciembre de 1914, los que no creían en su calidad de hombre de Estado, se admiran al conocer que, con valentía, hondura y pleno conocimiento, habla de los más graves problemas sociales del país.

Con especial celo, Carranza analiza los problemas agrarios. Tal vez recuerde la promesa que le hizo a Breceda, en ella piensa, seguramente, aquel 6 de enero de 1915.

78 | Carranza cumple ese día, a aquella pléyade de apasionados, renovadores sociales que le siguieron en la lucha. El primer jefe del Ejército Constitucionalista y encargado del Poder Ejecutivo de la Nación, proclama la Ley de Dotaciones y Restituciones, cuyo contenido dio más fuerza a la causa por él representada.

En líneas generales, esta importante ley establece en sus considerandos que una de las causas más notables de malestar y descontentos populares, ha sido el despojo de los terrenos de propiedad comunal, so pretexto de cumplir la Ley del 25 de junio de 1856; disposiciones esas que ordenan el fraccionamiento y reducción de la propiedad privada, dando origen al voraz acaparamiento de la tierra, en unas cuantas manos. Da noticia de la forma de los despojos por medio de enajenaciones propiciadas por autoridades políticas, desvirtuando el espíritu de la propia ley; así como por el camino de las composiciones o ventas de terrenos, realizados por los ministerios de Hacienda y Fomento, a pretexto de apeos y deslindes, con el único fin de favorecer a los que hacían denuncias de excedencias o demasías, hechos que favorecían a las llamadas Compañías Deslindadoras. Todo esto, desembocó en el despojo de las legítimas propiedades de los pueblos, cuyos derechos siempre fueron burlados, debido a que un ordenamiento legal los incapacitaba para poseer bienes raíces y los hacía carecer de personalidad jurídica.

Se habla también de que resultaba ilusoria la protección que la Ley de Terrenos Baldíos, les daba a los pueblos, pues el contubernio entre síndicos de los ayuntamientos, jefes políticos y gobernadores daba al traste con los menores derechos de esos pueblos.

Explica después, que privadas las comunidades indígenas de sus tierras, aguas y montes, así como las congregaciones y los pueblos de sus terrenos y concentrada la propiedad rural de la nación, en pocas manos, la gran masa de la población burlada, desvalida, se ha visto en la penosa condición de alquilar a “vil precio” su trabajo a los poderosos terratenientes, teniendo ello como consecuencia el estado de miseria, abyección y esclavitud en que viven esas grandes mayorías de trabajadores.

|79

En fin, el documento pinta en pocos párrafos, la desgraciada e indignante condición de campesinos, de pueblos y congregaciones y rancherías, con los perfiles claros de la época porfirista; panorama que ya apuntamos. Y termina diciendo el documento que la única forma de asegurar la paz y de proveer bienestar y mejoría a las clases pobres, es devolver los terrenos a los pueblos, apuntando las formas de hacerlo, en el respectivo decreto que consta de 12 artículos y un transitorio.

A nuestro juicio, después del grito de Zapata, este documento suscrito por don Venustiano Carranza, es el primer paso firme que un gobierno da para satisfacer los anhelos de la clase campesina. No en vano, don Venustiano Carranza, lleva la gloria que le corresponde en él, destruyendo, con las brillantes ideas que lo inspiraron, necias imputaciones a su calidad de auténtico revolucionario.

Con esa ley, el constitucionalismo se justifica plenamente ante la historia. El ideal de Zapata empieza a cumplirse. El hombre de gobierno, que vigila por México desde Veracruz, se convierte también en uno de los mejores aliados del campesino y, se revela como un profundo conocedor de las necesidades agrarias de un país con irrefrenables deseos de transformación social.

Las ideas agrarias expuestas en la Ley del 6 de enero de 1915 serán la base inconvencible para la redacción del texto del artículo 27 en la Constitución de 1917.

80 | Se prepara el suceso más trascendental desde el inicio de la Revolución. De allí saldrá el código de códigos, la ley de leyes. Después de 7 años de luchas armadas, de constantes convulsiones internas, de discrepancias políticas y sociales, los más claros talentos del país se aprestan a luchar en la tribuna. Las trincheras, las grandes batallas con las armas han quedado atrás, ha sonado la hora de darle a la patria una estructuración política y social definitiva. Los más caros ideales del pueblo estarán contenidos en la Suprema Ley, la Constitución de 1917, haciendo honor así a los sacrificios y encauzando al país, por su senda definitiva. El héroe seguirá siendo el pueblo, el más genial realizador de sus anhelos, el primer jefe, don Venustiano Carranza, es el encargado del Poder Ejecutivo. Desde el parnaso de los elegidos, las figuras de Hidalgo, Morelos, Juárez, Madero, Zapata y tantos otros patriotas, presiden las sesiones del constituyente, mientras el país se va encontrando a sí mismo. El artículo 27 de la Constitución de 1917 signada en Querétaro, hará cristalizar los anhelos del campo y los campesinos mexicanos.

Ángel María Garibay, un docto polígrafo

| 81

Si el gran polígrafo y docto indigenista don Ángel María Garibay, no hubiera existido, los más valiosos tesoros de la cultura náhuatl hubieran quedado ocultos para el mundo, y la historia de estos pueblos –raíz nuestra– seguirían minimizados y desdeñados permaneciendo en la oscuridad de la historia.

Si el varón que llevaba el nombre eminentemente religioso de ÁNGEL, trasunto del espíritu, ser ideal que destella gracia y MARÍA, considerada en el más puro cristianismo como la Madre de Dios, no hubiera alentado, se hubiera perdido –irremediablemente– para la cultura universal, la extraordinaria obra del maestro, fruto de una madura investigación, de un señero afán de desentrañar los misterios de la raza autóctona.

Sin embargo, menester es retroceder en el tiempo para clasificar los orígenes de esa vida ejemplar.

¿Qué podría haberse esperado de un niño pobre nacido en Toluca “reina de los geranios y la nieve”, el 18 de junio de 1892, niño huérfano de padre, que deambuló después en un villorio denominada Molino de Besares cerca de México, que según el

hilo de sus recuerdos, vivía en una cabaña enclavada en un medio inhóspito, polvoso y triste y que a pesar de ello, allí comenzó su elevado espíritu “a pensar, a amar y a vivir”?

82 | ¿Qué porvenir le esperaba a un niño desarrapado de 5 años que vivía al lado de un camino “de tierra rojiza y desdibujada” que irritaba su vista hasta hacerlo llorar y por donde todas las mañanas, se iba su madre a trabajar para volver hasta la noche dejando a sus hermanas y a él desamparados todo el día? ¿Qué destino tan triste el de esos tres niños que vivían en un cuartito entretenidos en avivar el fuego para que no se extinguiera en el brasero hasta que llegara su madre con lo poco que les llevaba!

La tristeza de esos recuerdos hicieron que el futuro filólogo escribiera después: “Nada recuerdo tan amargo que me arranque tantas lágrimas como la cotidiana llegada de mi madre, siempre y en las tinieblas de la noche, con su vestido pobre, su chal raído, su canasta al brazo y en los hermosos ojos, una serena y persistente tristeza que no regateaba la ternura a sus hijos”.

Se ha dicho que para forjar al hombre, menester es que se debata en el crisol del sufrimiento. Así fue la niñez de Juárez, desarrapado, pastando ovejas en Guelatao y así fue también la niñez de Altamirano caminando de Tixtla hacia Toluca, para abreviar el saber en el Instituto. No obstante, los dos varones fueron señalados por el destino para grandes tareas, como lo fue, el padre Garibay.

La enorme curiosidad del niño Ángel María Garibay al mirar el silabario con la impotencia de descifrar los signos extraños que contenía, violentó sus afanes y, ya en la escuela, en 1898, al terminar la primaria, obtiene una medalla y un diploma por su singular aprovechamiento. Es la primera, limpia y fugaz alegría que da a su madre al entregarle los premios ella llora quedamente, mientras

abraza a su hijo. Desde entonces, Ángel María da muestra de lo inútil que le parecerán siempre las cosas materiales, los honores. Del pergamino hace un barquito para hacerlo bogar en el río -sin saber que está evocando a Tagore- y la medalla la cuelga al cuello del gato famélico de su casa. Temprano, invadido por infinita dicha y avidez, el futuro sacerdote ingresa en 1906, al Seminario Conciliar de México. Poco antes, él mismo escribe que en ese tiempo, gracias al influjo de unas niñas condiscípulas, que despertaron sus ternuras de niño, “dejé de ser niño y comencé a ser hombre” y después se describe como un ser “espiritual, indeciso, fraternal y fantástico”.

| 83

El destino señalado, coloca al novicio, a poco de ingresar al Seminario, frente al gigantesco tesoro de los libros que serán para siempre sus mejores compañeros, pues es nombrado bibliotecario del Seminario, y desde entonces, hasta siempre, se embebe en el estudio de textos y códices nahuatlacas y en seguida -suspendido en un mundo de inmensa dicha- inicia sus traducciones del griego, latín y hebreo.

La valiosa semilla ha sido sembrada en el surco del saber y dará óptimos frutos que serán la admiración de todos.

Pero ha llegado el estallido patrio, la Revolución, los hermanos se matan entre sí. Hay luto y lágrimas en todos los hogares. El padre Garibay no escapa a la tragedia, el 15 de agosto de 1915, su casa es reducida a cenizas y sabe entonces de las angustias del perseguido, del que huye de los carrancistas que lo consideran extranjero, porque su segundo apellido que el escribe con la letra k, de Quintana, en un alarde de su padre para significar su origen, ha cambiado esa letra Q, por la K. Todo termina cuando muestra a los perseguidores, su acta de nacimiento que lo acredita como mexicano.

En el orden estrictamente literario, Ángel María, ejerciendo su ministerio en Texmelucan y Huixquilucan, a los 35 años escribe cuentos, consigna las leyendas y narraciones de los nativos, como en el intitulado “La Noche de San Juan” y en el denominado “El Cristo de las Palomas”, obras maravillosas por su impecable lenguaje y su alta calidad literaria.

84 | Persiste en la tarea central de su vida. Sus “Ensayos y traducciones del náhuatl” son escritos de singular valía y de gran amor a lo indígena. Deseoso de enmendar errores y rescatar valores estudia el teatro náhuatl, afirma que ese arte lo fomentaron casi todos los misioneros, y anota que los primeros investigadores fueron los franciscanos, Motolinía y Olmos, que usaron ese medio para catequizar a los nativos de la región de Texcoco. La labor devota, incansable del padre Garibay, va hasta la traducción de los *Cantares Mexicanos* y en su artículo “La Rueda y el Río”, plantea la incomprensión que existe entre las culturas de Oriente y Occidente.

Pero hay un rasgo singular en el trabajo de Garibay: la admiración que profesa a los poetas mexicanos se manifiesta excelsa cuando dice que ellos tienen un instinto divino y agrega, convencido, que dos son los poetas más grandes que ha dado México, Amado Nervo y Salvador Díaz Mirón. De Nervo, dice que es “delicado, sutil, suave y fecundo” y del bardo veracruzano dice que es “una tempestad que crea” concluyendo que es discutido por los que “se espantan ante el estruendo de sus trompetas de victoria y no son capaces de llegar a la hondura de sus versos misteriosos, preñados de simbolismos y redundantes de armonía”.

Es muy difícil hacer una exégesis más amplia de la monumental obra del Padre Garibay, baste por ahora consignar que fue profesor del Seminario Conciliar de México en cuyo seno tuvo

como alumnos a personajes de las letras, como Sergio Méndez Arceo y Octaviano Valdés, nuestro paisano escritor Guillermo Tardiff y los destacados hermanos Alfonso y Gabriel Méndez Plancarte.

El primer libro del Padre Garibay aparece, en edición particular en 1932 y se intitula *Poema de los árboles*, al que le sigue un acucioso ensayo intitulado “Morfemas nominales del otomí”. Después siguen apareciendo sus libros sobre literatura indígena: *La Poesía Lírica Azteca*, diversos artículos, fruto de profundas investigaciones que se publican en la revista *Ábside* y sobre literatura clásica, sus traducciones de la tragedia de Esquilo, denominada *Trilogía de Orestes*.

La Iglesia no le regatea el reconocimiento a tan ilustre humanista e investigador. En 1944, otorga al Padre Garibay, el nombramiento de Canónigo Laboral de la Basílica de Guadalupe, en cuyo cargo traduce la Biblia, obra no publicada todavía en lengua indígena.

La Conquista Espiritual de México es otro singular volumen que él traduce; pero quizá la obra más estimada y más relevante del Padre Garibay sea *La Historia de la Literatura Náhuatl*, obra monumental, producto de muchos años de investigaciones y que la crítica ha elogiado profusamente, al igual que la intitulada: *Visión de los Vencidos, Relación Indígena de la Conquista*, prologada por el polígrafo Miguel León Portilla.

Los honores al gran humanista polígrafo, indigenista, gloria y orgullo de nuestra entidad y del país, alumbraron los últimos años de su existencia. Otro hombre ilustre, al que México le debe un época límpida de paz y concordia y de trabajo, el presidente Adolfo López Mateos, cuando el Padre Garibay recibe del Senado de la República la Medalla “Belisario Domínguez”, en una carta

personal, abonando y reconociendo los altos méritos del eminente humanista le escribe: “Muchos años de vida fecunda deseo, al sabio historiador, al docto humanista, al virtuoso investigador, que ha sabido rescatar y ha puesto en plena luz, el gran legado literario de la cultura náhuatl, dando así brillo y nuevos títulos legítimos de orgullo, a todo aquel mexicano, que lleva en sus venas la sangre de nuestros antepasados indios”.

Posteriormente, el Padre Garibay recibe también el “Premio Nacional de Ciencias y Artes”, de la misma manera lo honran las más señeras instituciones culturales del país. Debe ser permanente la actitud de honrar y exaltar los méritos de quien tanto sirvió a su patria y a la Humanidad; al limpio varón que rescató el arte y la literatura de nuestros ancestros, injustamente olvidada, incomprendida y a veces menospreciada; descubridor de las más bellas tradiciones de nuestra raza, enaltecéndolas y valorándolas justamente, para colocarlas –por siempre– en el alto sitio que merecen en el mundo.

Esta vida fecunda, que universalizó los valores de nuestra raza, el Padre Ángel María Garibay, apagó su brillante luz el 29 de octubre de 1967, dejando una herencia, un mensaje a las nuevas generaciones: Que no es la vanidad del apego a los bienes materiales de la vida, lo que da valor y relevancia al ser humano, sino el cultivo de los bienes del espíritu de la cultura, del arte, y de la ciencia; que el verdadero triunfo del hombre, en su fugaz viaje por la tierra, radica en la dimensión de su utilidad y amor a los demás; en el servicio a la comunidad, en el respeto y la estimación de las obras imperecederas de nuestros ancestros, porque sólo conociendo lo que hemos sido, tendremos la fuerza y la filosofía para seguir siendo y sólo así con la mayor humildad y equilibrio psíquico, podremos continuar formando un patria grande y fuerte.

El 9 de septiembre de 1765, arribó a la vida el hombre más extraordinario de nuestra historia; don José María Morelos y Pavón y, al recordarlo, con el mismo respeto, con la misma unción, con el mismo apasionado cariño con el que se honraría a un padre, se siente que el corazón se estremece y las lágrimas quieren aflorar a los ojos.

Cuando el destino señala a un hombre para grandes tareas se empeña en forjarlo como al acero; al rojo vivo. Lo martilla contra la vida. Le da una niñez llena de orfandad y subrayada por largos silencios. Lo hace solitario para que se introvierta y empiece a familiarizarse con sus cualidades internas. Una juventud errante, trabajosa, triste, aguza al sentido de la observación... Morelos la tuvo.

El maestro Ezequiel A. Chávez, en una apasionada narración que ha pasado ya a las páginas más selectas de la literatura, narra de qué manera le habló don Manuel Altamirano del héroe y, compara al caudillo con Mahoma, porque iba de pueblo en pueblo, trasportando riquezas e ideas, conociendo hombres. Juventud trashumante en la soledad de los anchos campos de la patria; dice

también que en medio de la pobreza y del silencio, dos grandes maestros para Morelos, quien aprendió a sentir como suyos los dolores de los otros; a conocer sus preocupaciones y sinsabores, a saber de sus más recónditos sueños y anhelos y que, de ahí brotó la divina mariposa de su amor por los demás, de la entrega total a la patria, que en último término, no es sino la síntesis de los dolores y de las preocupaciones ajenas.

Sí, el dolor, la observación y la voz del cura Hidalgo, fueron los tres factores del genio de Morelos, más claro y más importante que nadie en América.

Lo mismo en el Veladero que en Tixtla. Igual en Oaxaca que en Acapulco, ahí está el hermano de los pobres y de los irredentos, el otrora arreador de mulas, el humilde cura de pueblo.

La vida de Morelos tuvo que ser así. Tuvo que forjarse en la fragua de las dificultades.

Los triunfos fulgurantes de un guerrero son como el estallido de una tempestad, el incendio de los relámpagos intermitentes, apenas nos dan tiempo de conocer su grandeza.

No hacía mucho tiempo —el 30 de julio de 1811— que con ignominiosa conducta los españoles habían sellado con sangre la primera etapa de la guerra de Independencia al decapitar al Padre Hidalgo en la legendaria Chihuahua, exponiendo su cabeza en la Alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato; López Rayón luchaba aún denodadamente. No había perdido todo, derrota tras victoria, mantenía encendida la llama sagrada de la libertad, Morelos era ya famoso por sus batallas. Propicia la Junta Zitácuaro que es el primer balbuceo del gobierno, y que representa un postrer tributo al padre muerto. Morelos había empezado con 15 hombres y sin más patrimonio de armas que su fe en la libertad, se internaba en el estado de Guerrero.

El brillo del genio alumbra por primera vez. Soldados realistas desertan y se reúnen hasta llegar a los 3,000 hombres en poco tiempo. Su reconocido sentido parlamentario, su magnetismo seductor de hombres, se pone de manifiesto en la acción del Cerro del Veladero, pero ahí estaba Acapulco como tentación; Hidalgo se lo había señalado como indispensable para la causa.

Morelos, antes de esa conquista, tiene que templarse en el crisol de la traición y saber de la amargura de la primera derrota. No importa, la compensación no se hace esperar: los hermanos Bravo se le unen y llega la batalla de Tixtla, modelo de estrategia para coronar brillantemente como un Napoleón, una campaña brillante de nueve meses, ganando para la causa insurgente, casi toda la Costa del Océano Pacífico. La gran tentación persiste: Acapulco. Empieza la crisis del gobierno virreinal. Morelos ha entrado en la historia y a su lado van sus lugartenientes, los Bravo, como al lado de Napoleón, caminaron Angereou y el Mariscal Ney.

El sol va llegando al cenit. Los 64 días: Cuautla. El cerco que rompe el genio después de mucho tiempo de estoica espera. Hasta el enemigo habla de la actitud heroica de los sitiados que, según ellos, podrán merecer un sitio honroso en la historia, “si la causa fuera justa”. Alegres, embriagados de gloria, entierran a sus muertos con música y alejan todo desfallecimiento ¡Qué grandeza la que inspira Morelos!

Como en el mundo de los grandes hombres no falta el toque romántico. Doña Leona Vicario, rica dama, bella, inteligente, desafía a su clase enamorándose de un insurgente; don Andrés Quintana Roo. Burla las rejas de su cautiverio y corre a casarse con él, en el campo de los desarraigados que luchan por la libertad.

En otros sitios, los genios menores luchan inspirados por su jefe. Valerio Trujando en Huamantla manda fundir las campanas

de los templos para hacer cañones. Las mujeres y los niños le ayudan fabricando municiones. No ha de tardar en llegar Morelos para salvarlos de la pesadilla de 105 días de sitio glorioso.

Durante esta campaña ponen marco a la genialidad de Morelos, la magnanimidad de Bravo, la bravura de Galeana, el amplio sentido militar de Matamoros y el temple de Valerio Trujado.

90 | La acción que ha principiado en el Cerro de Veladero ha terminado en Oaxaca y llena de asombro a los desorientados realistas. Ahí estaba todavía la tentación Acapulco; pero ahora, como una mujer convencida de que la entrega ha de ser con gloria, con gloria alta e inmarcesible.

Morelos comprende que es necesario reorganizar a los ejércitos insurgentes y lo hace. Después de rechazar la Constitución que le presenta Rayón, porque aún reconoce como rey a Fernando VII, auspicia al Congreso de Chilpancingo. La patria necesita un gobierno.

Cuando los Constituyentes quieren llamarlo generalísimo, declina humildemente al título para imponerse el de “Siervo de la Nación”; y, en un documento cuya vigencia es perenne, da a conocer su programa político que plantea de manera firme la independencia de la Nación y divide al gobierno naciente en tres poderes; Legislativo, Ejecutivo y Judicial. El grandioso Código declara que solamente los nacionales tendrán derecho a los puestos públicos. Se pronuncia contra la esclavitud y lucha de castas. Apunta la necesidad de crear las leyes que moderen la opulencia y acaben con la pobreza. Crea la inviolabilidad del domicilio, suprime las alcabalas y el tormento.

Y su genio llega a tan altas dimensiones que, en el aspecto agrario declara la necesidad de fraccionar las haciendas y liberar a

sus esclavos, dándoles el derecho de trabajar un pedazo de tierra con libertad y en beneficio suyo.

Así como Napoleón redacta su código civil, Morelos, entreabriendo el horizonte, rasgándole violentamente con su clarividente espíritu, en esos puntos de vista sobre lo que debe ser la Constitución del país naciente, se adelanta a su época y es el visionario, el profeta. No será sino 25 años más tarde cuando esas ideas sociales han de pronunciarse en el mundo. En este momento de su vida, Morelos es más grande que todos los próceres de su tiempo, porque ha logrado reunir en una sola persona la gloria imperecedera del general de grandes batallas, con la gloria del estadista, el hombre de gobierno. En la historia del mundo ha nacido un genio y se llama José María Morelos y Pavón, niño huérfano, arriero, humilde cura de pueblo. El sol brilla muy alto en el cenit, alumbra al mundo y hace las cosas claras y comprensibles; pero en su cegante fulgor –como dijera Merejowski–, ya se adivina la semilla de la tarde que pronto empezará a declinar en el horizonte.

Es Napoleón en Rusia. Como aquél, pierde la visión de las cosas. No tardará en ponerse el sol y con él tiene que empezar la noche sobre la revolución. Morelos tiene ya 49 años. Recuerda el inicio de su carrera. Tiene que volver al Veladero y ahí va empujado por una fuerza extraña. El vencedor de antes es el vencido ahora.

El general de cuatro campañas, como puntos cardinales, huye ahora. Protege con amor al Congreso, porque sabe que allí ha nacido la patria. Ya murió Matamoros y Galeana ha caído. El gran caudillo dirá mientras presente su próximo fin: “¡Se acabaron mis brazos... ya no soy nada!”.

Al conocerse la nueva Constitución de Apatzigán de 1814, causa la admiración de los intelectuales españoles, quienes la ca-

lifican de serena, sabia y no se explican cómo un documento tan importante pudo ser redactado en medio del silbido de las balas y del estruendo de los cañones; afirman que tiene puntos de vista más altos que la Constitución de Cádiz.

92 | El soldado de las maniobras de escritorio y de la suerte en las batallas, Iturbide, persigue al Congreso, pero quiere tener la gloria de ser él quien aprehenda a Morelos.

Después de una desastrosa y última acción, Morelos se ha quedado solo y huye por Tezmalaca. El hombre de los grandes ejércitos camina a pie. Un soldado que había formado en sus ejércitos lo reconoce y lo aprehende.

De la misma manera que el gran Corzo está abdicando ya, sin visión, para que lo confinen a Santa Elena, Morelos, obnubilado, ha de darle el honor a ese bisoño de la guerra, para que pase a la historia. ¿Un soldado insignificante aprehendiendo a un general glorioso, a un genio militar?, parece absurdo, pero son los grandes contrasentidos de la vida, las revanchas que el destino se toma sobre los hombres. Morelos había perdido su última batalla. Se la ganó el destino.

Un pueblecito cercano a la metrópoli, espera en la lejanía. Napoleón tardará en morir en la isla de Santa Elena, en donde está prisionero ya por segunda vez. A las tres de la tarde del día 22 del mes de diciembre de 1815, Morelos riega con su sangre las pródidas tierras de San Cristóbal Ecatepec.

Nadie presintió quizás, cuando aquel niño llamado Felipe Villanueva, discurría solitario y soñador por las estrechas calles de Tecámac, Otumba, Estado de México, que empezaba a despuntar en el impúber una brillante inteligencia que más tarde, convertida en armonías, recorrería el mundo haciendo sentir a los más dilectos auditorios el imperio de una fina sensibilidad que preludiaba el éxtasis. Aquel niño solitario, a veces infundadamente nostálgico, a veces tan extraño para los demás, pues el más pequeño regaño le producía lágrimas, tendría el sino fatal de morir antes de los 31 años, apenas en los principios de una madurez que, de haber llegado, sin duda hubiera superado a muchos de los prominentes maestros de todos los tiempos.

Pero Villanueva, sin considerar las decisiones del destino que, en ocasiones tildamos de absurdas, sin pensar en que, muriendo antes de terminar la misión noble y desinteresada que corresponde a los artistas: unir las almas, sin considerar que ello agiganta su figura, es uno de los más grandes autores de música universal... ¡Hay que escuchar esos finos vales, inspirados, de una delicadeza etérea, en los cuales se volcaron las cálidas sugerencias de un

sentimiento puro, original; hay que pensar que, a la edad en que muchos todavía viven en medio de trivialidades, se solazan en las futilidades humanas, él, en la soledad de su alcoba, frente al papel pautado, que es como un libro sagrado en donde escriben los Dioses, trabajaba intensamente, humildemente en su primera y única ópera “Keofar”, cuya Aria, se ha dicho está a la altura y tiene la belleza de las de Verdi o Bizet. No en vano el Padre Vergara costeó sus estudios musicales. Adivinó, desde el momento en que aquel niño le fue presentado, que su futuro era tan amplio, y que su corazón era bueno. Quienes, como Juan Hernández Acevedo, su íntimo amigo y consejero, estuvieron cerca de él, conocieron de sus portentosas posibilidades y aprendieron a amarlo como lo hizo el prominente artista D’Albert, que después de interpretar su bellísima Mazurca en Re Mayor, lleno de emoción, con la admiración toda que puso en los inmortales a quienes interpretaba, se arrojó a los brazos de Villanueva y le dio un beso en la frente.

Cuando el 28 de mayo de 1893, inesperadamente, el artista del “Vals poético”, dejaba apagar en su interior todas las armonías, el arte mexicano debió ponerse un crespón de luto. De aquel 5 de febrero de 1863, en que el artista vio los claros cielos de Tecámac, a aquel aciago día de mayo, no habían transcurrido ni 31 años y, sin embargo allí estaba inmóvil sereno, con la satisfacción, de aquellos que en su vida, han sabido cantar la gloria de Dios.

El gran espíritu meditativo y profundamente grave de Peter Ilitch Tchaikovsky se revela en la serena ternura de sus obras, llenas de espiritual belleza. En la dulzura, la angustia, el dolor y el abatimiento de los lentos pasajes de algunas de sus impresionantes sinfonías. Allí está el genio triste a veces desalentado, que por momentos se rebela sobre su propia desgracia y canta ingenuamente en los “Allegros” tiernos y cascabeleantes, rayos de sol que juegan con el agua de la fuente clara. Allí está el artista en sus hondos abismos, en donde sigue filtrándose diluida, una que otra vez, por el chasquido de un beso casto, una sonrisa de mujer.

Nacido un 7 de mayo de 1840, con toda la fuerza imaginativa de los seres privilegiados por su exquisita sensibilidad, es posible que en su niñez haya captado, en sus solitarios paseos prematuramente adultos, la armonía de un mundo en cuya tarde se opaca la luz y las primeras sombras de la noche angustian el alma. ¡Tránsito tremendo de lo que principia y de lo que termina, no siempre con el optimismo de un amanecer!

Si no hubiera sido así, no hubiera cambiado a los 23 años y, definitivamente, el rumbo de su vida trocando el abstruso código,

que pretende ordenar estrictamente las relaciones de los humanos, por el universo sugerente de los sonidos, a cada paso más nuevo y más difícil.

96 | Fue la vocación presentida en sus primeros años, en Wotkinski, revelada a través de la contemplación y tal vez del éxtasis precoz (sentimiento que no se acierta a comprender, inquietudes que no se precisan, angustias de niño que no se definen) lo que originó que de la Universidad, en donde los futuros togados hablaban de las disciplinas frías, saltará —en un supremo alarde de liberación interior— a los penumbrosos salones de estudio musical del Conservatorio, enorme caja de música que sólo en raras ocasiones produce la obra íntegra, el desarrollo triunfal de una melodía inmortal.

Amor a la gloria, deseo infinito de expresar con belleza lo sentido y lo visto; su “Himno a la Alegría”, le descubre por primera vez el velo del camino nuevo. Un genio triste que comienza cantando a la alegría, para ganar el primer gesto gracioso de la fama que le tiende la mano, mano blanca y fina de dama aristocrática, que sólo se deja tomar el pequeño dedo tembloroso y emocionado.

Todos los maestros, por bondadosos que sean, sienten algún día la amargura de enseñar, la ingratitud de haberse querido proyectar en los demás. Esta experiencia también estaba reservada al bueno de Peter Ilitch. Llamado por Rubinstein ha de enseñar en el Conservatorio de Moscú los secretos de la armonía. Enseña y compone. De lo primero le va quedando en los labios un tenue sabor de desdicha mezclado con fugaces satisfacciones al mirar los ojos límpidos de pocos de sus discípulos, que lo quieren y lo comprenden, al sentir como se modela el alma de algunos que se van haciendo hombres y que ya pueden adivinar la grandeza de los inmortales.

Después de su segundo triunfo con la obra “Romeo y Julieta”, conmovedora historia de amor inspirada en las lecturas de

Shakespeare, tiene 29 años ¿Se va sintiendo cansado? ¡Quién sabe! La vida de los artistas debía contarse por su sensibilidad.

Tener un hogar en donde reine la paz; donde el espíritu se recree en las cosas sencillas, mientras más sencillas mejor; rodeado de las solicitudes de una mujer y quizá del cariño de una nueva vida que hay que modelar como tantas otras, pero ahora poniendo más que el corazón en la obra, despertar sin la tremenda soledad del vacío que reine en derredor, sabiendo que la amada con una sonrisa beatífica en los labios espera el beso que ha de despertarla. Sencillez de vivir y de ser tan pocas veces reservada a los hombres de genio. ¿Por qué? ¿Por haber sido tocados por la varita mágica del destino? ¿Por ser como repitiera Wagner, los hermanos menores de los Dioses? ¿Por el pecado de haberse atrevido a igualarse en altura a la divinidad?

Cuando a las pocas semanas de haber contraído nupcias queda más solo y más triste, debe haberle parecido sin sentido el Gran Premio que ganara en 1869 ¿no estaba hecho para la felicidad?

Pero la vida tiene compensaciones. De lejos sigue sus pasos una mujer que le escribe y lo admira. No quiere mostrársele. Es como el hada que soñamos, pero que nunca nos atrevemos a materializarla humanamente.

A través de sus viajes, en todas partes, Peter Ilitch debe haber guardado siempre un dulce recuerdo de la lejana y bondadosa señora Meck que, para evitarle preocupaciones materiales, le asigna una pensión que le permite, casi por entero, dedicarse a escribir sus grandes obras.

Se hace director de orquesta, sus conciertos tienen éxito, profesa cierta inclinación a lo épico en aquel tiempo y hace que los organizadores incluyan en sus programas muy seguido su Obertura 1812, en donde la patria canta su himno de bronce y de batallas.

La época de los conciertos se prolonga, desde 1887, cuando ya tiene 47 años, hasta la edad de 53.

Su protectora, allá en su retiro, siente la satisfacción de los triunfos que obtiene su artista y a veces incógnita asiste a ellos, haciéndose más viva su admiración.

98 | El bello ballet “Lago de los Cisnes” es cada día más solicitado. Sus sinfonías empiezan a ser consideradas como dignas de figurar entre las de los grandes maestros de la música. Ha dado Tchaikovsky los primeros pasos en el firme terreno de la inmortalidad. Pero es en la llamada “Patética” en donde el artista da a conocer al mundo, lo que duele la angustia de vivir. Como en los años juveniles, la soledad, más segura de ser la bien amada, vuelve y lo acompaña cuando escribe, cuando sueña y cuando sufre.

Es posible que hubiera querido componer como Beethoven nueve sinfonías. No obstante, las siete que compuso son tan bellas, tan fáciles de entender, tan impresionantes y tan actuales que han pasado a ser otro de los tesoros más preciados de la humanidad. Son la proyección eterna de un hombre triste.

Ha llegado al año 1893. San Petersburgo sufre los efectos de una epidemia del cólera. En todas partes hay llantos y quejas. Cada casa es un hospital pequeño por donde ronda la muerte con su augusta cara.

En el metrónomo de la sensibilidad del bondadoso Peter Ilitch ha sonado la hora.

Un reloj, tierno recuerdo familiar, está sobre el buró de la estancia en donde agoniza. Mientras la ciudad está triste, tal vez el destino lo ha querido así como homenaje al genio: Peter Ilitch tiene en los ojos también una gran sombra de tristeza. Mientras el reloj prosigue con su monótono tic tac.

Cuentos y
narraciones

Al voltear una curva del camino, vio con mayor claridad lo que presentía: las nubes se amontonaban vertiginosamente en grandes masas grises en todo el espacio del cielo que, durante aquella mañana, había permanecido desesperadamente azul. Pasó una ráfaga de viento fresco y, sin querer, aceleró el paso. Una ligera esperanza se colgó de uno de los árboles verdes del bosque, cuya copa se perdía en el undívago laberinto vegetal, ¡quizás no llovería!

Cuando atravesó con dificultad el riachuelo, tuvo buen cuidado de que su burro no resbalara y cayera pesadamente entre las lajas. A la otra orilla respiró, se limpió el sudor de la frente y pensando en cosas tristes tomó la vereda. Llegaría más pronto al pueblo por ella, no obstante que a veces, cuando llovía lo inundaban impiamente las corrientes del bosque transformándolo en un lodazal.

¡Ánimo!... ¡Ánimo, Marcial!, se decía a sí mismo mientras que con la gruesa vara golpeaba el trasero del burro, que iba bien cargado de carbón.

La mañana no logró desentumecerse en su lecho de prados húmedos. De repente, el cielo rugió una y otra vez, Marcial se

había internado completamente en el bosque y no pensaba volver atrás, ¡No! Sería una locura desandar lo andado. Cuando el sol oculto rebasara el cenit y a media carrera hacia el horizonte retara al ocaso, llegaría al pueblo caminando por ese terreno pedregoso que le hería los pies descalzos y agrietados, curtidos por el polvo y la inclemencia de tantos caminos. Vería la torre de la Iglesia como cenobítico fraile vigilante del valle y escucharía las tristes y lentas campanadas llamando a los fieles a rezar el “Rosario”.

Para asegurarse mejor del momento en que tendría que maldecir al destino por haber llovido, se quitó el sombrero de palma, viejo de sol y rasgado de viento y su rostro lampiño y moreno pudo verse con claridad.

Marcial tenía más o menos veinte años. Diez los había pasado sin sentir, dialogando con los corderos en los áridos campos de su pueblo y, como casi todos los chicos campesinos, ayudando a su padre en las faenas de la parcela. Su Tata como decía él – no había querido mandarlo a la escuela; por eso hoy su condición estaba formada así; carbonero, arriero, y a ello sumaba el supremo dolor de no poder interpretar esos signos raros, que se llaman letras y que parecían echarle en cara, como un escupitajo, esta horrible verdad: ¡Analfabeta!

A veces, cuando la venta del carbón le había dado lo suficiente para tener el sustento de él, su madre y su hermana, gustaba de remontarse al cerro vecino, mirar el amplio paisaje reverberante a su alrededor y soñar. Entonces recordaba que no sabía leer y una tristeza, como venero de aguas turbias, lo invadía. Para él sería muy bueno en aquellos momentos de soledad, coger uno de los cuadernos que había visto devorar con los ojos a los demás muchachos del pueblo y desentrañar lo que decían. Siempre le habían llamado la atención las estampas luminosas, desde aquella ocasión

en que el viento le había llevado una a su casa. Él la persiguió gran trecho hasta darle alcance, después, jadeante, con los ojos bien abiertos se quedó mirándola. Sintió algo extraño al ver los caracteres que tenía impresos abajo y le entró una gran curiosidad. En cuanto se hizo grande prometió ir al colegio por propia voluntad. Pero no se podía, tenía que ir al monte para colectar el ocote para el carbón. Más tarde, venderlo allá, muy lejos, en donde podía pagarse a mejor precio. Después de ello ¿Quién tenía fuerza y claridad de memoria para ir a la escuela?

Un relámpago deslumbrante llamado a intimidar a las conciencias timoratas, lo hizo volver a pensar en la rutina pesada de la vereda. Cuando se dio cuenta llovía a cántaros. Fue fresca y acariciante la lluvia en el principio; después, como una mujer sin tacto, se hizo pesada. Marcial se puso al amparo de un árbol añoso de ramas retorcidas, como pecados sin penitencia. Allí estaba, empapado hasta los huesos y tiritando de frío. ¿Quién sería capaz de comprarle esa mercancía, que no era ninguna promesa halagüeña de fuego?

Había pasado el chaparrón. El cielo se iba animando poco a poco en claridades marmóreas. La naturaleza, como un hombre después del sueño, bostezaba desperezándose, entre los cantos triunfadores de las aves y los murmullos del bosque. Un algo de vida nueva flotaba en el espacio.

Marcial llegó al río. Las aguas turbias con inusitada furia, corrían desesperadas. El puente, alcahuete de las aguas, por donde habitualmente pasaban los viajeros, débil presa, había sido arrasrado por el torrente. Ni rastro quedaba de él. Marcial, resignado se sentó a la orilla y con ojos de tristeza, se quedó mirando las aguas turbias, prepotentes, que todo lo llevaban consigo. Así estuvo largo rato, sin fijarse siquiera en el dulce murmullo de los

arroyuelos que habían tenido cuna en el bosque y que al llegar al río, se esfumaban como sus ilusiones.

104 | Volteó con rapidez la cabeza hacia todos lados, respondiendo al llamado de un vago temor. Se levantó con rapidez. Corrió desesperado. Gritó con furia, y sólo escuchó el ruido sordo de las aguas turbias en su carrera desesperada. Siguiendo la corriente del río corrió más de prisa. Allá, a lo lejos, miró cómo su burro era arrastrado por las aguas. El animal había perdido todo sentido de conservación y muellemente se dejaba arrastrar por ellas. Marcial tuvo un impulso: lanzarse a las aguas para rescatarlo, pero una fuerza extraña lo retenía a la orilla, embobado, con los brazos caídos, con la mirada perdida, dejó que las lágrimas se congelaran dentro de sus ojos y no lloró ¡para algo era hombre”.

Comenzó a desandar lo andado. Había salido el sol. Los pajarillos revoloteaban alegremente en los árboles y cantaban con jovialidad. Nacía el crepúsculo, con su estallido de colores: era una invitación a la buena vida.

Allá, a lo lejos, Marcial, iba dando traspiés.

Las sombras, como fantasmas, se arrastraron por el bosque y sólo se escuchó el grito de las fieras salvajes y el sordo murmullo de las aguas turbias del río huyendo con desesperación.

“Al pensar en mi infortunio, me atormentaba con frecuencia”

HERMANN HESSE

Aquella mañana, Rosendo se decidió por fin. En cuanto despertó se hizo mentalmente el firme propósito de no llevar más a costas el pasado fardo de su problema. No era posible por más tiempo consecuentar esa fuerza extraña que dirigía implacablemente su voluntad, que le hacía realizar actos que nunca había pensado. Es decir, ante esas fuerzas que se revelaban cuando dormía, su personal iniciativa era nula. No se sentía enfermo, era lo peor; simplemente, en cuanto se levantaba, sentía la cabeza ligera, demasiado ligera y lúcida, como cuando se había tomado unas copas de cognac. Entonces, las cosas, el mundo que lo rodeaba perdía algo de su circumspecta importancia, los perfiles aguzados de las cosas eran menos molestos, hasta llegó a sentirse feliz en medio de esa somnolencia, pero lo malo era que, esto lo inclinaba a hacer proyectos casi siempre desorbitados, se entregaba con pasión a las divagaciones más absurdas y descuidaba su *modus*

vivendi, la manera de procurarse el mayor número de comodidades para vivir. Lo que escribía era muy intelectual, como le decía el director del periódico en el cual trabajaba, muchas veces fue rechazado; había que escribir artículos populares, sobre política, sobre asuntos sociales en general o reportajes sobre los últimos sucesos.

106 | Mientras subía la escalera que debía conducirle al consultorio desierto, del facultativo recién titulado, que había sido compañero suyo en el colegio y que por lo tanto no debía cobrarle, o con un poco de suerte hasta las medicinas le costearía, le asaltó un pensamiento que lo hizo detenerse y tomar aliento. ¿No tendría una de esas enfermedades raras que no son conocidas por la ciencia y cuya curación sería imposible? Si esto fuera se decía —preferible morir—.

El médico lo hizo sentarse primero, después lo acostó en un diván y le hizo un reconocimiento minucioso.

—Estás bien, Rosendo —le dijo— lo único que te pasa es que están un poco gastados tus nervios. Quizás has trabajado mucho estos días. Lo mejor que puedes hacer es descansar lo que más puedas. Por otra parte, para que puedas dormir bien, es necesario que tu cuarto sea limpio ventilado y las sábanas de tu cama deben ser suaves y frescas. Coloca bien la almohada de manera que la cabeza no quede debajo de la línea que formas con tu cuerpo. Toma un poco de té al acostarte, no fumes; es necesario que en tu habitación no haya colores extraños. Si te sientes demasiado nervioso, da un paseo por algún lugar solitario antes de disponerte a dormir, y verás cómo siguiendo estas fáciles indicaciones en poco tiempo estarás bien.

No iba a ser posible realizar el magnífico plan del médico. Solamente que fuera a dormir a pleno campo y si esto fuera, seguro

que no resistiría ni la brisa su cuerpo propenso a los resfriados. Invadió a Rosendo una sorda tristeza, no desayunó aquel día. Deambuló por las calles. Se fue a la alameda y empezó a divagar. Cuando debió haber sido tarde, las exigencias físicas de su estómago, lo despertaron de su letargo y se dirigió al restaurante en donde todavía podía estirar el abono. Un individuo bien vestido, lo había estado observando desde que se sentó. Se acercó a él con paso lento y le dijo:

¿Me permite que lo acompañe? Yo también estoy solo y quisiera charlar un rato con usted.

Rosendo alzó la cabeza. Grande fue su sorpresa. Tenía la firme convicción de que no conocía al tipo aquel y sin embargo, algo tenía de familiar en su corbata pulcra y roja y sobre todo, aquella voz, esa voz gruesa y segura, bien modulada, le traía recuerdos lejanos de algo que no podría precisar. ¿A dónde, en qué lugar había conocido a aquel hombre? No lo definía aún y, a pesar de desairar por simple rutina, a todo aquel que quería entablar amistad, esta ocasión movido por quien sabe cuál sentimiento, asintió. El desconocido continuó hablando. Rosendo no lo escuchaba estaba como fascinado en la contemplación de otro mundo. El desconocido, rematando su perorata sobre el mal tiempo, que según él, era tan molesto, esperó la opinión de Rosendo: ¡Ya lo tengo! Sí. Fue anoche en el sueño.

Rosendo se había transfigurado. Aparecía radiante, como algunas raras ocasiones después de haber terminado un buen artículo que creía debía ser aceptado por el director del periódico. Perdona ¿de qué estaba usted hablando?

—Perdone, hay ocasiones que con facilidad asombrosa me abstraigo. No se ofenda pero yo ya lo conocía. ¿Cómo, a mí?

—Sí a usted, anoche estuvo de visita en mis sueños. Yo tenía que estar con usted hoy, aunque estuviera en el fin del mundo. Me pasa siempre así. No me crea un loco.

El visitante se sentía embarazado, no podía comprender ni una sola palabra de lo que escuchaba y para rehacer su seguridad en sí mismo, dijo en tono melifluo:

108 | ¿Gusta usted tomar algo?

—Exactamente: —respondió al punto Rosendo. Recordó de inmediato que en el sueño de la noche anterior, el mismo individuo que tenía al frente, le mostraba las bolsas llenas de copas de vidrio de muchos colores. Después había desaparecido de inmediato para dar paso a una luz muy intensa, para aparecer más tarde, en medio de un torbellino de sonidos, de rostros de mujeres sonrientes, de individuos desconocidos que hablaban.

Bebieron. La charla continuó superficial. Rosendo haciendo esfuerzos por comprender a su anfitrión, lo escuchaba. Por fin volvió a decir: —“Quiero retirarme”—.

Sí, esto era. El sueño, en esta ocasión, no iba a ser la fuerza que lo dominara. Se iría de inmediato a su casa y se encerraría. ¿Dónde estaban pues, los rostros de mujeres sonrientes, los estrépitos de la orquesta?, una súbita alegría lo invadió y una duda: ¿Empezaría ya a librarse de su problema? ¿Empezaría como antes, unos meses antes, a ser dueño de su voluntad y de sus actos? Acariciando con avidez de náufrago estas ideas, esperó la respuesta del visitante:

—Cómo es posible, que apenas nos acabamos de conocer y ya quiere marcharse. Le seré más franco. Me ha simpatizado usted mucho, no solo por extravagante, sino porque lo creo un magnífico amigo. Raras veces me equivoco en estos juicios y quiero que esta noche, me acompañe a visitar algunos sitios. Naturalmente, no le costará nada.

Rosendo se quedó estupefacto. Su sueño quería una vez más ganarle la partida, pero por Dios que no se dejaría. Se levantó del asiento y precipitadamente, sin cortesía de ninguna especie, dijo un adiós quedo, casi imperceptible y salió del restaurante.

Estaba nervioso. Las copas que a su pesar, contra su voluntad, había tomado con el ocasional amigo, le hicieron sentir el rostro acalorado, su imaginación se le antojaba una pantalla fidelísima que todo recogía y su cerebro una especie de probeta química en la que todas las sustancias de las cosas, eran analizadas y puestas en un lugar especial. Caminó con rumbo al bosque. Para llegar a él, tenía que dar un rodeo de calles, más o menos grande. Cuando había tomado la última calle para seguir por la calzada, se detuvo de repente. ¿Qué veía? En el árbol más próximo, estaba un caballero y sí, claramente, era el que había estado con él momentos antes en el restaurante. Venía a su encuentro:

—No creo que sea tan mal amigo. Mire, seré todavía más franco... Yo me encuentro solo en esta gran ciudad. Estoy triste por muchas razones y no quiero cometer una tontería. Su amable compañía me hace mucho bien. Se lo pido encarecidamente, acompáñeme unas horas más. Le prometo que más tarde, lo dejaré en entera libertad.

Rosendo escuchó aquella voz. Le parecía tan absurdo que una voz tan varonil, suplicara así. Que tuviera ese hombre en el rostro las huellas de una profunda pena y que revelara en toda su persona, a pesar de su distinción, tan profundo desamparo que se conmovió de veras. Olvidó rápidamente el sueño y aceptó.

Fueron a un cabaret. Allí bebieron más. Rosendo empezó a sonreír y a encantarse de la galantería de su amigo y bailó. Las estridencias de la orquesta, las mujeres sonriéndole en medio de

su semi inconsciencia, le parecieron detalles dignos de vivirse. Se abandonó a ese júbilo.

Más tarde, el visitante cumplió su promesa. Dejó ir a Rosendo cuando éste no pensaba ya irse. Sin embargo tuvo que hacerlo. Llegó a su cuarto y sin desvestirse se tiró en la cama... No dormía, pensaba. Aún estaba alegre.

110| Había sido realmente una noche maravillosa. De repente, se levantó demudado. El sueño de la noche anterior... Había sentido y se había visto cómo se tiraba al vacío. Tan claramente había sentido el aire en la cara. Hasta ese momento todo se había cumplido como si lo estuviera soñando. Ante el temor de ser poseído por la idea de arrojarle por la ventana, que empezaba a germinar, lejana pero seguramente en su cerebro, se desvistió rápidamente y trató de dormir. Un viento huracanado empezó a soplar afuera. Los ruidos de algunas ventanas azotadas por el temporal lo sobresaltaban. Por fin surgió la lluvia, primero fuerte, luego se sumió en una monotonía desesperante. Rosendo permanecía con los ojos abiertos en la oscuridad, sus nervios agudos, lo registraban todo. Primero vio al médico prorrumpiendo en una carcajada, después la figura de su amigo ocasional. Este le clavaba la vista con coraje y le decía que se levantara. Empezó a sudar.

—La caída

Dijo una voz fúnebre en su cerebro. Una vez más trató de juntar todas las fuerzas de su voluntad para sustraerse a la tentación que poco a poco lo dominaba. Ensayó todos los métodos que recomiendan para dormir y no pudo lograrlo. El viento seguía silbando en la oscuridad de la calle empapada. El silbido lejano de una locomotora, le dio, claramente todavía más, la sensación de soledad.

La caída

Otra vez la frase martirizante en su cerebro. Perdía el control poco a poco. Ya sentía en el rostro el viento frío y húmedo. Se levantó y a tientas buscó el apagado de la luz. Dio vuelta a él y nada; la alcoba seguía a oscuras ¿Por qué? De pie en medio de la oscuridad densa del cuarto, se vio a sí mismo. Estaba loco, sí. ¿Cómo era posible que un hombre normal, permaneciera en medio de una alcoba, semidesnudo, temblando de fiebre y con los ojos desorbitados?

| 111

—¡Esto no puede ser! Gritó con rabia, dirigiéndose a la ventana.

Le abrió. Un golpe de viento lo calmó un poco. Miró hacia abajo. Como le atraía el abismo. Pero no, alguien estaba detrás de él, sí, porque sentía el aliento de otra persona muy cerca de su nuca. El hombre del restaurante —pensó— y maquinalmente volvió la cabeza. Sus ojos se toparon con la oscuridad.

La caída

Sonó en su cerebro la misma voz lúgubre. Sintió miedo y empezó a gritar, corriendo por toda la alcoba. Azotaba la puerta que daba acceso a la habitación; minutos después alguien la abrió... Encontraron a Rosendo... Tumbado en el suelo gritando:

—¡He vencido a mis sueños!... ¡He vencido a mis sueños!
Todos opinaron que se había vuelto loco.

I

La había amado siempre... desde que era niño. Al encontrarla hoy, de la mano de una chiquilla, le dio un terrible vuelco el corazón. En el rápido instante de los ojos fijos y muy abiertos, del temblor casi convulsivo en los cuerpos, del no saber qué decir, había trabajado con rara intensidad su cerebro pensando mil desatinos; después, había dicho con emoción contenida: ¿Cómo te va?...

Ella abrió los labios dulce y difícilmente y, sin dejar de mirarlo, temiendo que el momento se fugara y no pudiera oír ni siquiera el eco de su voz, musitó: —Bien. . . ya ves. . .

Y calló, mientras las manos ardientes se apretaban con fuerza; todavía con resabios de vieja ternura, con la ansiedad de tanta ausencia alimentada por la esperanza.

Muchas veces, Tania había querido ahogar el recuerdo, pero en la lucha le había tocado la peor parte: logró escuchar la voz de las conveniencias sociales, pero, el recuerdo, más vivo, más doloroso, quedaba íntegro en el último rincón de su alma, atormentándola en las largas noches de insomnio.

El pensamiento de Raúl al fin se hace palabra en un rictus doloroso: ¿Es tu hija?

Se desvanece el estado de abatimiento y, aunque sin poder disimular que tiembla, responde quedamente, como si temiera ser escuchada: —Sí. . . es muy linda verdad?

114| No responde. Siente un agudo resentimiento —tan agudo como un puñal, clavado en medio del pecho— que le impide decir llanamente lo que piensa.

Logra ser cortés y dice:

—Se parece mucho a ti.

A Tania le duele el cumplido, no sabe por qué; sin embargo ¡la quiere tanto! Baja la cabeza y afloja la mano. Ha caído la de él pesadamente sobre el pantalón.

La nena ha dicho algo que para los dos suena muy lejano; como un eco perdido, como un murmullo inoportuno. Bajo el peso de un impulso que no se explica, toma a su hija de la mano y parte. Apenas alcanza a decir quedamente:

—El sábado en Colón, a las siete.

II

Tania llega a su casa víctima de tremenda inquietud. Ese espacio en donde triste y monótona se desarrolla su vida, el lugar le parece más solitario aún. Allí mueren y renacen todos los días sus ilusiones. Los muros estáticos, blancos como la nieve, ya conocen el tono de su llanto cuando al influjo de sus desventuras, no encuentra otra manera de desahogarse. Ella que cuando niña, se forjó una imagen tan diferente de la existencia; verse amada con intensa pasión, mimada a cada instante, envuelta en las caricias de

un hombre para el cual ella fuera el centro supremo de su vida. No puede soportar ya estar sumida en esa rutina fastidiosa, que amenaza con ponerla vieja y sin haber sentido el transporte del amor intenso, de la emoción, que adormece los sentidos y lleva a los labios trémulos el sabor dulce de la felicidad. Condenada siempre a ese encierro sin remedio, a ese mar tranquilo incommovible y frío, a esa noche oscura y sin estrellas, sintiéndose ella tan joven, oyendo bullir con fuerza su sangre en las venas y siempre, con ese hondo vacío en el corazón.

No pudo resistir las reflexiones y por las angostas escaleras subió a otra habitación.

A través del gran ventanal se mira a lo lejos una montaña con su iglesia de juguete. Los árboles reverdecen cubriendo de júbilo sus ramazones. La tarde declina lentamente y el canto de los pájaros llega hasta ella. Toda la naturaleza respira salud y alegría: es una invitación a la vida. La primavera en todas sus manifestaciones parece decir: en la seda del ambiente tranquilo, en el estallar de las nuevas flores, en el volar de los insectos y en el variante cambiar de los celajes: ¡Ama!... ¡Ama!... Y ella bella, con grandes y sabias ternuras dentro del pecho, que a veces le producen en el cuerpo un extraño temblor, teniendo que soportar a aquel por quien no siente ya ni camaradería y a veces solamente incontenible aversión. ¿Acaso era culpable de lo que pasaba en su ser, cuando se había casado a su pesar, sucumbiendo a la presión familiar que hablaba el lenguaje de la conveniencia? ¿Tenía que ver ella en su estado de cosas que se había realizado sin su firme consentimiento, en la variante época de la adolescencia? Y al recordar su juventud truncada, el repentino encuentro con las crudezas y vulgaridades de la vida, sintió repugnancia.

Por momentos, sobresaltada, volteaba la cabeza abandonando su muda contemplación del paisaje y creía ver entrar a Raúl; sonriente, y que se acercaba hasta ella diciendo alguna galantería. ¡Cómo le gustaba su manera de decir las cosas! Su seriedad simpática, la vehemencia que ponía en todas sus acciones. Pero no, él no llegó nunca. Siempre encontró en su derredor la misma frialdad de las cosas, la misma monotonía desesperante, el mismo vacío sin remedio.

Cerca del gran ventanal, el bello perfil de Tania se recortaba gracioso.

La niña vino a interrumpirla en sus tristes reflexiones y cedió. Pero su decisión estaba hecha ya: el destino no nos puede obligar a que siempre seamos infelices. No hay ningún pecado en seguir las inclinaciones del corazón, porque la única razón de vivir es llegar a alcanzar la felicidad, y si ésta se alcanza, el ser queda redimido de todo pecado . . .

III

Escogieron un rinconcito del restaurante, apenas iluminado por la luz azul de una lámpara de mesa. La orquesta tocaba obras románticas y apenas llegaba hasta ellos su murmullo.

Sentados uno frente al otro, Raúl la mira con fijeza. Hasta entonces registra en toda su intensidad y en su crudeza calculante esta frase: Es la mujer de otro hombre. Pero ¡la amo tanto y es tan bella! Tiene ahora 25 años –sigue pensando– ciertamente no ha cambiado mucho, solo que se ha hecho más mujer. Ese cuerpo de líneas ondulantes y garbosas, muchas veces paseó junto a mí, sintiendo el calor del mío y vibrando al conjuro de mis frases.

Después de tanta vehemencia volcada en trémulas promesas, en la callecilla provinciana bañada de luna, con el sobresalto natural de la felicidad que se goza íntegramente, ¿será posible que haya olvidado?

Tania, al examinar el rostro de él, con sus ojos tranquilos, animados por el interés, piensa: Siempre me ha gustado, sus ojos ardientes, sus labios sensuales, su pelo negro; es muy atractivo, pero debe haber sufrido mucho; lo dicen los surcos de su frente; esa displicencia indiferente: las primeras canas que adornan sus sienes: ¡Dios mío! ¿Habrás sido por mí?

Los dos notan con claridad en el espacio breve en que hicieron estas reflexiones, lo embarazoso de su situación. No hablan nada, solamente se miran con gran interés. Raúl rompe el silencio para decir:

—¿Por qué lo hiciste? Quiero que me expliques lo que ha pasado. No obstante que nuestro amor no tiene presente, porque es eterno, merezco alguna explicación.

Sin esperar respuesta, mientras él le toma la mano con pasión: —Tania, te he querido siempre. Te he buscado por todo el mundo. Nunca te olvidé. Podría jurarte que mi vida vuelve a tener sentido hasta hoy.

Ella responde con calor, temblándole la voz y apretándole las manos:

—Raúl, todo se hizo contra mi voluntad. No te he sido desleal ni un instante. Mi amor se ha conservado puro para ti.

Hace una pausa y jadea débilmente para proseguir:

—Cuando partiste para México y me escribías, yo vivía feliz con la idea de que pronto regresarías para casarnos, me llamó mi padre y dijo que teníamos que partir para el extranjero, llorosa y triste hablé con mi madre, ella me dijo que yo no tenía derecho a

decirte que partía; te causaría un profundo dolor que quizá interrumpiría tu carrera, que era tan brillante. “Si de Dios está —me dijo— se casarán algún día”. La separación serviría para saber si era verdadero y firme nuestro amor, pues tendría que pasar la prueba más difícil que es la del tiempo. Las novedades de un país desconocido, mi avidez por conocerlo todo, me distrajeron un poco; a pesar de eso te extrañaba, pero ¡estabas tan lejos!... a veces caía en largos estados de melancolía; mi padre, sin decírmelo, sabía por qué. Él me fue presentado en una fiesta. Hijo de un prominente industrial, su enlace conmigo convenía a los negocios de mi padre ¡Qué sola me sentía! Una mujer triste y sola es más débil, por ello sucumbiendo a la insistencia de mi familia, me casé. No tardé en reconocer mi error; él es fatuo y vano. Se apega a todo lo superficial de la vida... Eso me hizo comprender pronto que la desgracia se había cernido sobre mí...

Raúl tomó la cabeza de ella entre sus manos y la acarició: —No llores — díjole suplicante.

Tania sollozando terminó:

—Tengo seis años de casada y una niña, fruto de las circunstancias. Por un tiempo estamos en México. Cada día es más insoportable la vida a su lado. ¡Su vulgaridad me aterra!

Raúl había reflexionado durante todo el tiempo que duró la narración de Tania. Su decisión estaba tomada —sacrificarse en ciertos casos es elevar su estatura moral. Si ya no tenía derecho a la felicidad con la mujer que amaba, no había razón para caer en la vulgaridad de originar el fatídico triángulo.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas dijo:

—Tania, sé que la felicidad no existe para aquellos que la hemos perseguido con rara insistencia. A veces nosotros purgamos penas cuyo origen no sabemos. Por momentos alimenté la

esperanza de que hubieras sido casada, pero no que lo fueras... lo mejor del hombre se refleja en la humanidad y esa parte mejor hay que cuidarla, porque es la base del gran edificio humano, aunque nos cueste el derecho a ser felices.

Tomó la copa de champagne y ella con los ojos muy abiertos, muy brillantes hizo lo mismo esperando con ansiedad. La boca entreabierta de Tania, dejaba ver la blancura de sus hermosos dientes.

Él, conmovido, continuó:

Si nuestra sociedad estuviera hecha en otra forma, te pediría que huyeras conmigo, pero algo en el fondo me lo impide. Mis convicciones no aceptan que cambie tu destino. Sé que me cuesta un gran dolor hacer esto, pero no puedo desoír la voz de aquello que finca mi personalidad espiritual.

—¡No! —gritó ella con brusquedad y volviendo a llorar. Él retirándole las manos exclamó:

—Despidámonos, antes de que falte a lo que como caballero he aprendido durante tanto tiempo. No quiero hacer negativos los frutos de mi educación y de mi vida, pues es lo único que me queda.

—Adiós Raúl —dijo ella con una infinita mirada de ternura escapándosele por los ojos empañados — ¡Adiós, amor mío! ¡Buena suerte!

Raúl caminó por una oscura callecita y desembocó en el muelle dando un largo paseo por él, noche quieta, tibia y acariciante. Durante largo rato, contempló el ritmo continuo de las olas estallando en risas de espuma; después, tranquilo ya y reconciliado consigo mismo se dirigió a casa: —Ciertamente, —pensaba— soy todo un hombre.

Y al decir esto, notó que algo como una pequeña basura le molestaba en la mejilla. Se llevó la mano a ella y a la luz de las estrellas sonrió con amargura: era una lágrima.

Abril había abierto sus ojos luminosos, inundando el espacio de optimismo y de fe. En la fiesta metálica de las campanas de los templos cercanos, un llamado persistía oscilando en dos tonos siempre iguales. Se llamaba a los fieles a rezar. Mañana tibia y reverberante, diáfana como los sueños de los niños, día de sol, rumoroso y esplendente.

Vestido de calzón y camisa, que habían sido blancos, un hombre triste, demacrado, tipo indígena, penosamente transitaba por la polvosa calle, llevando a sus espaldas una escalera recién labrada.

Cuando me di cuenta de que aparejados a la escalera llevaba dos gruesa vigas de la misma dimensión, tuve la contundente noción del peso que debía soportar.

Sin embargo, seguía caminando con seguridad; apoyando los desnudos pies en la tierra; hombre convertido por quién sabe que injusticia, en bestia de carga.

¿Cuánto tiempo había necesitado aquel infeliz para labrar los objetos que conducía, considerando que sólo había podido disponer de instrumentos primitivos? Quién sabe.

Pensándolo más, el indígena me dio la impresión, no de un paria, no de un miserable, sino de una verdadera institución. Si su iniciativa, su voluntad, sus recias y toscas manos eran, en verdad, una fábrica.

122 | Él, tan humilde como las grandes industrias, reunía una serie de actividades diversas, pero sistematizadas para el logro de un fin único: producir. Era un taller y era a la vez el gerente de su empresa y el agente vendedor.

Qué raro debe parecer este razonamiento: pero es exacto; la materia prima la había conseguido él, solo, perdido en la inmensidad del bosque; sin más instrumento que un hacha. Después, había hecho la obra con la maquinaria de sus manos. Una vez listo el artículo, como el dirigente de una gran institución pensó en los medios de transporte y sólo encontró uno: su propio cuerpo. En seguida hizo un detenido estudio de mercado y escogió la ciudad y hacia ella de madrugada se había dirigido.

Por eso había llegado ya a la casa aquella, mientras que ajenos, indiferentes, pasaban a su lado los seres de todos los días: de la beata vestida de negro, mirada al suelo; la muchachita de barrio, mal pintada de los labios y de las mejillas, el obrero y el empleado, el estudiante, aún con las huellas de un mal dormir aflorando al rostro y con rumbo al baño público, cosa obligada solamente los domingos.

El hombre aquél que llevaba con cuidado su cargamento, apoyó un extremo en el suelo y el otro en el ángulo superior del zaguán y, una vez logrado el equilibrio, se deshizo del peso. Con la cobija parda se limpió el sudor de la cara y suspiró hondamente.

El rostro, entretanto, no tenía ninguna expresión definida, ni de cansancio, ni de gusto, ni de enfado: era una máscara de ídolo.

Con precaución, tocó la puerta y apareció una señora gorda, como cantera, que le hablaba de “tú” a grandes voces. Después de hacerle entrar a la casa, cargando otra vez la mercancía, le dijo:

–Si quieres \$3.00 pesos por todo, déjalo, si no, carga otra vez y vete.

No respondió. Silenciosamente, sin denotar ningún sentimiento en la cara, se echó en la frente el mecapal y otra vez a las espaldas la escalera y partió. Me dio entonces la impresión de estar crucificado.

¡Qué alegres seguían sonando las campanas de las iglesias!, era día de bendición; para todos había una bendición; para todos había dicha, sin duda. La mañana no se había ensombrecido, seguía siendo espléndida, endomingada; pasaban las niñas sonriendo y charlando. Eran felices. Pasó un grupo de jóvenes sugestionados por el veneno del jazz y la música afrocubana. Todos iban muy bien peinados; el pelo sedoso y brillante y el traje perfumado; felices, despreocupados ¡Dorada juventud del siglo!

El indígena se había perdido al doblar la esquina, sólo pude ver ya el balanceo rítmico de su cargamento acoplado a su paso lento.

.....

¡Qué dulces, qué alegres siguen doblando las campanas de las iglesias!

¡Es día de bendición! Es día de rezar. Es domingo.

Es día de visitar las limpias y amplias iglesias, olorosas a copal, a perfume...

Empezaron a pasar las otras gentes con sus palmas secas, bendecidas ya por el cura y adornadas con yerbas de laurel, todavía con gotas tambaleantes de rocío. Por doquier había grupos alegres.

Se reían y se saludaban. Era Domingo de Ramos. Después de la bendición, había quedado el alma limpia.

Los niños, con sus pasos torpes y mirando hacia arriba, gritaban con algarabía.

124 | De cinco en cinco se llega al peso... parecía decir la vendedora de ocotes, sentada en cuclillas, en la esquina frente a su improvisado puesto. Me imaginé las charolas de las limosnas que circulan en las misas.

De cinco en cinco. . .

Pasaron dos muchachas con lujosos santos adornados. Iban a que se los bendijeran.

¡Qué dulces suenan las campanas de la iglesia. Invitan a consagrarse íntegramente a Dios. Su sonido es celestial...

Por mi calle sigue pasando, en procesión lenta, la gente doliente que no se queja. El cortejo de los olvidados enmudece. Parecen sombras, entre la gente que llevan palmas y laurel verde y vírgenes del Perpetuo Socorro, a bendecir. . .

Sí, es Domingo de Ramos...

El domingo es un día de descanso. Si uno quiere asistir a una matinée sinfónica debe prescindir de desperezarse largamente en la cama y hacer atractivos proyectos de comunión con la naturaleza, porque se expone a que cuando llegue a la taquilla del teatro, se hayan agotado las localidades y nos quedemos saboreando solos el antiguo deleite estético que tan largamente acariciamos durante toda una semana...

Tomar el desayuno ligero, de prisa y con ilusión alegre, llegarse al soberbio Palacio de Mármol, leer antes el programa de obras con su correspondiente explicativo biográfico y después, entregarse completamente al placer próximo.

Allá abajo están ya los músicos, metidos en sus severos smokings. Alguien ha tocado una nota en el piano y todos ellos prorrumpen en una confusión de sonidos sin ningún plan, afinan. En el ambiente hay un alborozo de mañana que despierta, porque una matinée musical cuenta especialmente con el concurso de la juventud; muchachitas lánguidas y pálidas acompañadas del novio; jóvenes prematuramente viejos con tipo de intelectuales primerizos, pensativos; los ojos aún con sueño detrás de sus gruesos

anteojos. Pocas mujeres bonitas y hombres atléticos. Domina el tipo medio de complexión delgada, aunque no deja de verse uno que otro adulto, a quien la mañana sorprendió hiperestésico y que quiere rehabilitar su ánimo, escuchando a los grandes maestros. En la luneta poca gente. Es la que puede pagar más y por eso quizás, ha preferido la comunión con la naturaleza, volando en un convertible rojo como bólido que se desliza por las carreteras en pos del agua y del sol. En los últimos pisos concurrencia completa, inquieta y de continuo coloquio. Son los que pueden pagar menos y sólo una vez al año se forjan ilusiones de íntima comunión con la naturaleza, de viaje en raudo autobús por las cimbrantes carreteras, o en el monótono tren proletario conservador y alaraquiento que taladra montañas y se bebe los campos.

Bueno, pero ha salido el maestro con su impecable frac y su hirsuta melena, saluda en medio de una salva de clamorosos aplausos que se van apagando de la misma manera que las luces se van desvaneciendo, lamiendo las paredes portentosas de la lujosa sala, en donde los mortales son semidioses.

¿Qué mejor que escuchar –inicio obligado– una obertura? ¿Les parece a ustedes que sea “Prometeo” De Beethoven? No, pero es que en el programa figura también el Concierto en Re para piano y orquesta de Mozart. ¿No fue Mozart maestro de Beethoven? ¿qué no sería más conveniente escuchar primero al maestro y después al discípulo? Así podríamos juzgar mejor a los dos. Cedamos pues, vencidos por el hecho de que la obra del “Sordo de Bonn” es corta, como casi todas las oberturas, síntesis musical de una obra entera. Buen principio, después vendrán los platillos fuertes algunos demasiado fuertes y capaces de producir indigestión.

El genio se revela en medio de su imperecedero mundo de sonidos sugerentes... Los temas siempre frescos que se ligan uno a otro con maestría insólita. Nada rebuscado. Nada disonante. Es un hilillo de agua, un arroyuelo serpenteante en medio de la naturaleza opulenta y llena de gracia magnificente. Es el canto a la vida alegre y confiada, que juega con las notas que se van desgranando sin obstáculos, mientras las recibe en su seno un hondo silencio de respiraciones contenidas. Alguien ha suspirado a mi lado, es una jovencita de pelo rubio y de grandes ojos que, como esfinge, dirige la mirada tierna allá, hasta abajo, al escenario en donde brillan como oro los instrumentos de viento, sollozan los violines en ayes interminables; orgullosos como burgueses suenan los contrabajos, y las violas se quiebran en endechas sentimentales, sin el sonido ronco de los bélicos instrumentos de percusión, callados, mustios transitoriamente, como si hubieran recibido un regaño; pero han vuelto en sí y ahora son ellos los dominadores del espacio, los supremos árbitros del sonido que culmina en el final rotundo y magnífico, en cuyo cenit, el genio ha puesto todo el coraje de su sangre fría y de su espíritu exacto de germánico ínclito, y; volvemos a hacer sonar las manos entusiastamente, mientras el director se inclina una y otra vez ante nosotros, minúsculos espectadores perdidos, en un todo que vibra en emociones sentidas, que todavía se sienten.

Ahora escucharemos al maestro. El discípulo realmente ha quedado bien, lo dicen los aplausos que amenazan en hacerse eternos. Ahora escucharemos al gran maestro de la armonía y a la fuente más grande de sentido melódico. El solista ha tomado su sitio, alza las manos el director y empieza a acariciar los oídos, el sonido suave de los violines en perfecta comunión rítmica. Alguien ha hablado a mi izquierda y apenas escucho:

—Perdone, ¿es el Concierto en Re de Mozart?

Volteo en medio de la oscuridad, no sin enfado, y acierto a mirar a una señora corpulenta, que apenas logró caber en la butaca:

—Pienso que sí es. —Replicó dispuesto a no continuar el coloquio. Ella insiste:

—¿Está usted seguro?

128 | Mis ojos llamean y ante argumento tan convincente ella calla. Después dice con aire suficiente:

—¡Ah! sí es . . .

Y de inmediato empieza a llevar el compás con sus gruesas piernas que quieren salirse de la butaca.

Ni modo de cambiar de asiento, están numerados, hasta en esto hay orden en estos conciertos, ojalá y así fuera, tan estricto el orden, en otras cosas, pero sin que tuviera cerca a una señora gorda que lleve el compás con las piernas... Me resigno.

Mozart es realmente el impecable de la melodía, el insuperable de la instrumentación. Con qué dulzura nos va ganando el corazón, el Concierto en Re. El pianista ha repetido la parte inicial que es el tema. Frasea bien y su temperamento debe ser delicado, desde las primeras frases se ha revelado íntegro.

El segundo movimiento vendrá pronto. Las respiraciones contenidas se han resuelto en toses y en acomodamiento en los asientos, pero nadie aplaude. Está prohibido porque quien lo hiciera caería en el ridículo y sería siseado. Viene a mi memoria la actitud de esas buenas gentes provincianas que cuando llega una orquesta sinfónica a su provincia por “snobismo” que bien puede calificarse de vanidad, no pierden concierto e interrumpen la continuidad de la obra aplaudiendo en medio de cada movimiento. ¡Oh buenas gentes provincianas, que encolerizan a los pocos “Diletantes” que también van a esos actos!

Nos vamos reconciliando con algunas asperezas de la vida, mientras escuchamos el segundo movimiento del concierto y el pianista va creciendo más en espíritu. Qué hondo sentimiento reflejan esas frases musicales que se ligan unas a otras sin artificio, sin efectos difíciles preconcebidos. Esto podría parecer un ataque a los músicos modernistas pero no lo es. Es simplemente apego a lo espontáneo, al arte bien concebido, que en el caso particular de la música, no es sino lo natural expresado por un temperamento, y Mozart es el maestro insuperable de la naturalidad.

| 129

Mire usted, después de haber escuchado a Mozart, con la intención de no levantarnos de nuestro asiento ¿le parece bien que sigamos leyendo a Óscar Wilde? Pero dirá usted si ese señor murió en la cárcel acusado de cosas inconcebibles. Lo proscribió la buena sociedad de Londres, hasta hacerlo que se cambiara de nombre por el oscuro de Sebastián Melmouth; irónico y humorista, genial y paradójico...

No obstante, leo a Wilde, de quien el “Ruisñor y la Rosa”, me dejó el alma de niño humorista; “El Fantasma de Canterville”, delicioso, cuando nos pinta a una familia norteamericana de pura cepa, queriendo romper de golpe con la austeridad tradicional de la familia inglesa. Pero no discutamos, que vamos a escuchar a un músico que no conocemos. Es Martinú y tocará su tercer Concierto para piano y orquesta.

¡Qué estruendo! El artista debe haber sido muy fogoso. Instrumentación llena de efectos raros, sin embargo, en momentos no carentes de belleza, aunque no esa belleza mozartiana tan simple, tan natural, tal parece que aquí la melodía ha sido estrujada en una armonía intelectual. De vez en vez, sale el sol de las penumbrosas nubes y brilla el verdadero arte. ¿Seremos muy anticuados? No, pero es que no se puede encontrar la solución del deleite. Cuando

se empieza a gozar, viene otra vez el portentoso alud de sonidos “intelectualizados”. Sin embargo, hay belleza. ¿Qué en el futuro, la belleza será condicionada o se gozará mejor presentándola en contraste con lo altisonante? ¿Qué no tendrán razón ya los clásicos? Quién sabe...

130 | El público, al terminar la obra, ha hecho salir siete veces con estruendosos aplausos, al pianista. Bueno, quizá sea cortesía, porque es su última actuación en esta ciudad o el premio muy merecido a la brillante “Técnica” que ha desplegado; en eso sí estamos de acuerdo, técnicamente fue impecable ¡Ah! Acabamos de hablar como críticos de arte.

El final ha llegado, es una ligera obra de Strauss. No hemos abierto esta vez a Óscar Wilde, porque nos quedamos pensando muchas cosas sobre el “clasicismo” y el “modernismo”.

La señora gorda no tenía mal gusto, en cuanto se inició la obra de Martinú, abandonó el asiento a mi izquierda. En estos momentos debe de ir todavía marcando el compás con las piernas, por las calles asfaltadas de la gran ciudad.

Post Scriptum

Hijo mío: tú eres la conjunción de todo lo sublime. Desde tu límpido origen en el crisol de hermosos sueños juveniles, naces a la vida con el divino soplo de Dios, como la más perfecta obra de arte de la creación. Por el divino aliento que anima tu temprana vida, ama a Dios sobre todas las cosas, porque él es la verdad.

Jamás olvides que naciste bajo el cielo de una patria libre, grande y generosa y en el cobijo de un hogar decente: patria que es poesía en Nezahualcóyotl, genio indómito en Ilhuicamina, holocausto en Cuauhtémoc y que, en la Colonia, descubre a Cristo y se enseña a amarlo. Patria, rebeldía y plegaria en Hidalgo; nacionalidad en Morelos, derecho en Juárez; rebeldía en Madero, ámala porque es tu segunda madre. Respétala y hónrala con conducta limpia y propósito alto y, no titubees si es necesario, en ofrendar tu vida por defenderla. Lucha por engrandecerla para que en ella reine siempre la paz, la concordia, el derecho, el trabajo, la cultura y la común aspiración máxima: la justicia social.

Cobijado en su santo seno, debes creer en los altos destinos de la humanidad con ánimo firme de solidaridad; proscribiendo los distingos de la raza, de credo o de pueblos, estás obligado a sos-

tener sus principios vertebrales: la libertad, la justicia, el derecho, el mutuo respeto, la cooperación y, ahora el más caro bien: la paz del mundo.

134 | Honra y enaltece con la conducta y con la obra tu hogar, para venerar en él, perennemente, a la más noble y delicada criatura de la Creación, la mujer, ya sea como madre, como esposa o como hija, porque ella ha dejado ya la semilla de las más altas virtudes y tradiciones en tu corazón: templanza sin frialdad, honestidad, cabal, bondad, espíritu de sacrificio, lealtad.

Sé noble sin debilidad, valiente sin temeridad; sobre las riquezas materiales, prefiere las del espíritu. Porque éstas son eternas y embellecen la vida. Cuando sientas desaliento de vivir, refúgiate en los libros, en la música, en el arte, en la cultura, allí reconquistarás tu fe y un caudal inagotable de nuevos bríos.

Cuando conozcas el mal, no lo rehuyas. Combátelo con denuedo y aunque fracasas, sentirás la satisfacción de haber contribuido a hacer mejor el mundo.

Que el origen de tus actos sea siempre el acuerdo entre tu corazón y tu pensamiento. Después, obra con firmeza, con pasión, porque sin pasión no hay obra fecunda.

Da la mano a los demás. De un consejo, de una frase amable, dicha sin esperar recompensa, como de todo acto bueno, brota una luz que fortalece el alma y nos hace mejores.

Nunca aceptes tiranías, aunque tengan el ropaje vistoso del soborno material o moral, combátelas y ama siempre a la libertad, que es el supremo bien del hombre.

Y finalmente, hijo mío, cuando llegue a tu vida el dolor, acógelo con serenidad y con entereza, sabrás después que es el mejor maestro de los hombres; que sus enseñanzas templan el espíritu para empresas superiores. Y si el fracaso toca a las puertas de tu

vida, algún día, no te decepciones. Detén tu camino y medita. Recoge tus diezmadas fuerzas y después, como si fuera la primera batalla, levántate, combate sin dar cuartel y vence. Los propósitos altos sólo son conquistados por los hombres fuertes y buenos. Tú debes ser así: fuerte y bueno, para merecer la calidad divina de tu origen y rodear de honra y brillo tu paso por la vida.

Huella en el horizonte. Breve antología es una obra que enriquece el legado espiritual de nuestro Estado. En sus páginas discurren grandes próceres y revolucionarios como el internacionalista licenciado Isidro Fabela, quien fue gobernador en tiempos aciagos y logró poner a la vanguardia al Estado de México en todos los rubros, impulsando la educación y la cultura en forma prioritaria.

Grandes próceres de México están presentes en este libro, así como la preocupación del autor por el campo y los campesinos. Aguirre Benavides, el descubridor del barbasco, Ángel María Garibay y muchos más, así como sus más importantes cuentos y relatos magistrales de temática social.



Secretaría de
Identidad y Cultura